

Саце



14

El grafólogo y caracterólogo profesor Augusto Vels expone en este número el nuevo test palcográfico del profesor Escala. Nuestros colaboradores pedagógicos tratan además el problema de los exámenes (F. L.), tema obligado por estas fechas. Y la Redacción de LAYE ha querido aprovechar el remanso de las vacaciones para sacar a la luz un inquietante problema: el que plantea la falta de Colegios Mayores en Barcelona (pág. 12). Los señores Sanmartí y Núñez, profesores de la Universidad, cierran nuestra sección pedagógica comentando, desde distintos puntos de vista, un artículo aparecido en el pasado número de esta publicación.

José San Martín, ya conocido como redactor bibliográfico por nuestros lectores, presenta hoy a su consideración una serie de dieciséis fragmentos de prosa ¿poética o filosófica? A ustedes corresponde el juicio.

Carlos Barral y Lorenzo Gomis ocupan el púlpito de los poetas.

1.

UN TEST EMINENTEMENTE PRACTICO EL TEST PSICOGRAFICO DEL PROF ESCALA

Desde Wundt, que fue el primero que introdujo los principios de la psicología experimental, se han desarrollado muchas teorías y métodos. Entre ellas, la psicología funcional, la psicología conductista, la psicología humanista, etc. y los tests (Binet, Simon, Binet, Simon, Binet, Simon, etc.) que se han propuesto para resolver el complejo problema de la evaluación individual del niño y del adulto.



Biblioteca d'Humanitat
Sala de Revistes

Desde la aparición del primer test de inteligencia de Binet y Simon en 1908, el test se ha convertido en un instrumento esencialmente práctico y especialmente el pedagogo. Se ha convertido siempre más en un instrumento práctico del material (operativo) y del desarrollo de la técnica del "test", en muchos casos no siempre fácil.

Ha sido un investigador español — el Profesor Escala — quien ha creado el sistema de desarrollo un "test" sencillo en su aplicación y de técnica fácil. Este "test", llamado por el Profesor Escala "TEST PSICOGRAFICO", tiene entre otras ventajas técnicas, la rapidez en la aplicación de los resultados desde el comienzo de la prueba hasta la obtención de los resultados sólo transcurren unos minutos.

JUNIO - JULIO DE 1951

sobre el desarrollo de las funciones del lenguaje, la comprensión (energía, voluntad, etc.), la resistencia o fatigabilidad, la actividad, el nivel de desarrollo, grado de atención, calidad del trabajo, etc. El

1.

UN TEST EMINENTEMENTE PRACTICO

EL TEST PALOGRAFICO DEL PROF. ESCALA

Desde Wundt, que fué el primero que introdujo los principios matemáticos, psicofísicos, fisiológicos y experimentales en la nueva Psicología, han sido muchos los aparatos (ergógrafos, ambidextrógrafos, tremógrafos, etc.) y las pruebas (Oseretski, Mira, Bouteloup, etcétera) que se han propuesto para resolver el complejo problema de la actividad laboral del niño y del adulto.

Pese a la probada solvencia y afinamiento de muchas de las pruebas y aparatos ideados, el psicólogo, y especialmente el pedagogo, se ha encontrado siempre ante el difícil problema del material (aparatos) y del dominio de la técnica del "test", en muchos casos no siempre fácil.

Ha sido un investigador español — el Profesor Escala — quien ha tenido el acierto de descubrir un "test" sencillo en su aplicación y de técnica fácil. Este "test", llamado por el Profesor Escala "TEST PALOGRAFICO", tiene, entre otras ventajas técnicas la rapidez en la aportación de los resultados (desde el comienzo de la prueba hasta la obtención de los resultados sólo transcurren unos quince minutos). Es aplicable desde los ocho años y, lo mismo en el niño que en el adulto, puede aportar datos seguros e interesantes sobre un conjunto de funciones tan complejas como la voluntad (energía, velocidad, ritmo, resistencia o fatigabilidad, inhibición, control dinámico, grado de atención, calidad del trabajo, etc.), el

temperamento, la constitución tipológica (cicloide, esquizoide), el retraso mental, etc.

Consiste el *test* en algo tan simple como el trazado de palotes o líneas verticales de cinco milímetros, espaciadas de dos en dos milímetros.

Todo el material que requiere la prueba es sólo una cuartilla sin rayar (que está iniciada en su parte superior con tres palotes en la primera línea y uno en la segunda), un lápiz núm. 2 o una estilográfica.

El *test* se divide en dos tiempos, *ambos controlables de medio en medio minuto*. El primer tiempo, de DOS MINUTOS Y MEDIO, no es valorable y tiene como finalidad hacer desaparecer la tensión inhibitoria que toda prueba produce. El segundo tiempo, valorable, tiene una duración de CINCO MINUTOS.

Antes de empezar la prueba debe hacerse constar que importa tanto la velocidad como la calidad de los palos o del trabajo.

La prueba empieza previa señal del examinador, que, provisto de un cronómetro, irá dando cada medio minuto la orden de control con estas palabras: "guión y continúen".

Entre la primera prueba — que, como se ha dicho, no es valorable — y la segunda se deja un lapsus de descanso de dos minutos y medio.

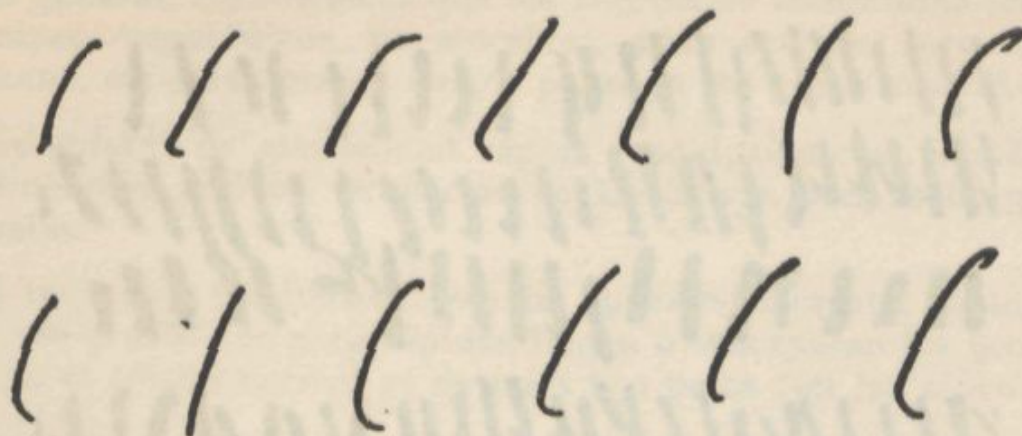
Finalizada la prueba, se procede al recuento de los palos (si se trata de un grupo, puede encargarse este trabajo a los mismos sujetos, diciéndoles que se les va a someter a una prueba de atención). El recuento se hace por minutos (esto nos permite saber el número de palos que el sujeto ha dado en el primer minuto, en el segundo, tercero, cuarto y quinto). A posteriori se restan las diferencias existentes en cada minuto, después se suman estas diferencias y se multiplican por 100. Este resultado se divide por el total de palos obtenido.

Estas operaciones darán:

- a) El ritmo de trabajo (número de palos trazados cada minuto).
- b) El nivel de oscilación rítmica (diferencias existentes entre unos minutos y otros).

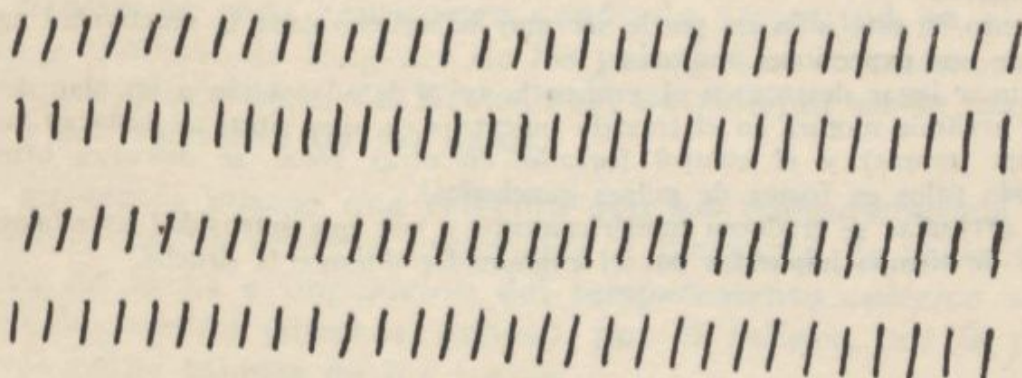
De aquí deduciremos si la actividad laboral del sujeto es, por ejemplo, *acelerada, retardada, estable, inestable, etc.*

La capacidad de rendimiento y la calidad del trabajo se deducirá del número total de palos dados en la prueba valorable y de la calidad del trabajo observado.



PROPORCION MOTORICA CICLOIDE

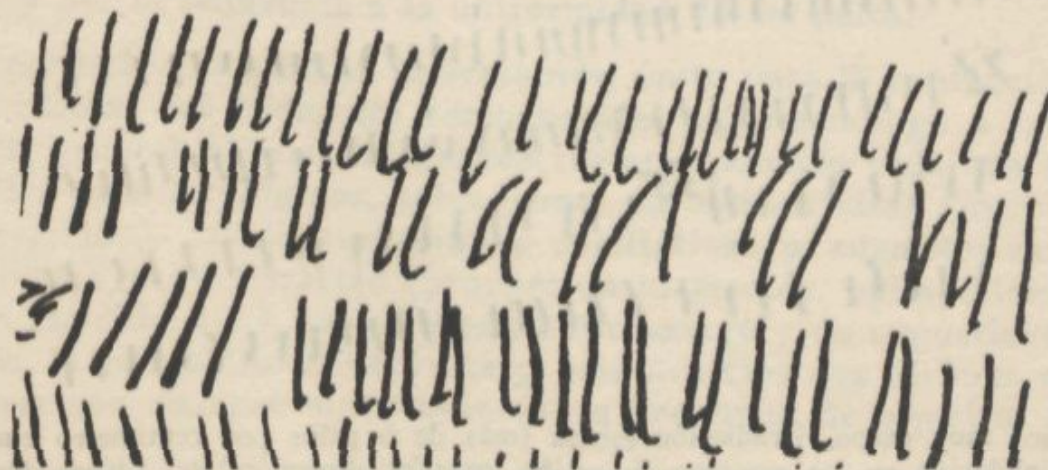
Se acusan las características psicomotoras del cicloide en la enorme irradiación (menos de 1 palo por centímetro cuadrado de superficie), en la inclinación de los palos hacia la derecha, en la holgura, en las oscilaciones de las líneas, en la curvatura y sobre todo en la falta de inhibición de los trazos



PROPORCION MOTORICA ESQUIZOIDE

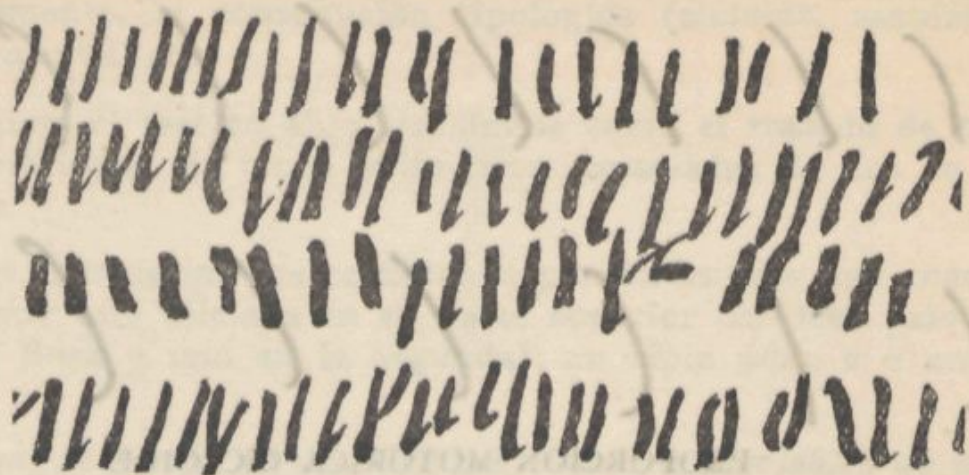
Véase en este trazado, opuesto totalmente al anterior, la rigurosidad de las inhibiciones.

El autor respeta cuidadosamente las distancias, la dimensión, la presión, la forma, la inclinación, etc. Da este trabajo la sensación de una labor meticulosa, exacta, ordenada y limpia. Los signos de orden y exactitud llegan al extremo de producir una sensación de monotonía. La densidad es fuerte (escasa irradiación).



Se aprecia en este gráfico la inestabilidad, el desorden, la confusión, la ausencia del sentido de orientación en el espacio, la arritmia motora, las contorsiones, las sacudidas, y, en fin, la incoordinación motora.

Rendimiento escolar muy deficiente.



PROPORCION MOTORICA EPILEPTOIDE

Se trata en este caso de un niño de 12 años, epileptoide, oligofrénico, torpe, explosivo, con un rendimiento escolar pésimo y con reacciones emotivas desproporcionadas a los estímulos.

El futuro de este niño no puede ser muy halagüeño dada la reactividad agresiva y violenta de sus expresiones motoras.

En primer lugar destaca en el gráfico la falta de adaptación a un plan de espacio, la fuerte arritmia motora en el trazado (mientras en unos sitios se destacan las fuertes inhibiciones (mazas) y el control forzado, en otras zonas se descarga bruscamente produciendo palos en forma de golpes ganchudos).

Estas arritmias se traducen numéricamente y con una intensidad asombrosa en las divisiones de tiempo impuestas por el examinador durante la prueba.

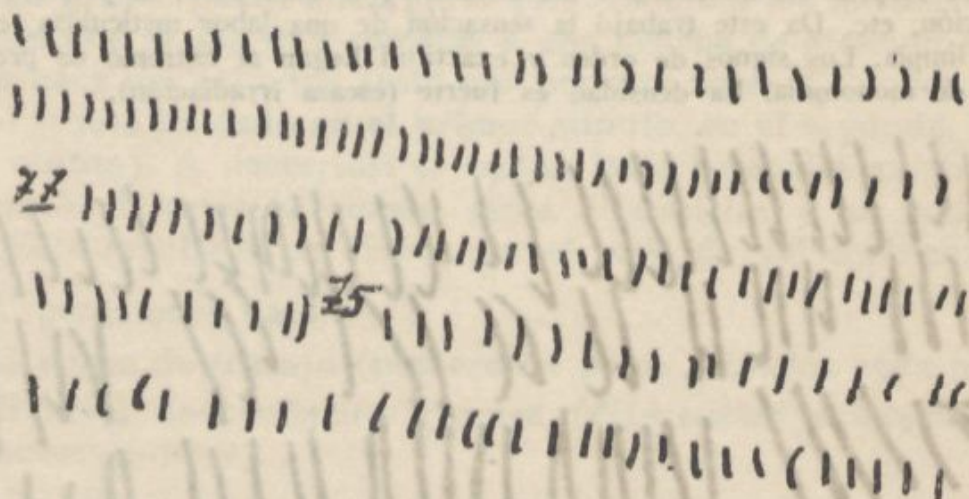


Gráfico muy denso, irradiación escasa (más de 6 palos por centímetro cuadrado). Fuerte inhibición en los aspectos dimensión, presión, dirección, etc. Líneas descendentes y fluctuantes. Dirección sinistrógrica en las zonas de más inhibición (palos en arco hacia la derecha).

Caso típico de neurosis de angustia en una mujer casada, de 26 años, esquizoide, inadaptada frente a los problemas del matrimonio.

En general, encontramos que los sujetos de mentalidad lenta (bradisíquicos, vagotónicos, no emotivos, poco activos, secundarios de Le Senne, etc.) dan menos de 500 palos en los cinco minutos.

Los sujetos de mentalidad rápida (taquipsíquicos, simpáticotónicos, emotivos, activos, primarios de Le Senne, etc.) sobrepasan los 700 palos.

El índice de rendimiento oscila, aproximadamente, en los lentos, entre 380 y 500. Los muy rápidos llegan o sobrepasan los 900. El módulo en el adulto normal es de unos 650 palos (en los cinco minutos valorables).

La densidad o irradiación (número de palos por centímetro cuadrado) está en relación directa con propiedades de tipo morfológico y psíquico. Así, los tipos dilatados de Corman (los pícnicos o ciclotímicos de Kretschmer) se revelan en el *test* por un menor número de palos dentro de cada centímetro cuadrado (amplitud en el espaciado y aumento de longitud de los palos). Los retraídos, los leptosomos o esquizotímicos de Kretschmer se reflejan en la mayor densidad y acortamiento de los palos.

Si queremos buscar una relación con los temperamentos clásicos, hallaremos que la energía incansable e incesante, la tenacidad y el espíritu de lucha e imposición del temperamento *colérico* se descubre por la tensión (firmeza, apoyo), por el relieve, por la precisión y por el golpe tajante de los trazos.

El nervioso se delata por la inestabilidad, la agitación, el desorden y la oscilación de los palos en sus aspectos de espacio, dimensión, presión, etc. El *sanguíneo* se descubre por su tendencia impetuosa, por la irradiación, por la amplificación del espacio y de la dimensión. Finalmente, el *flemático* se caracteriza por la estabilidad, por la lentitud y por la tendencia a la uniformidad de los palos.

Aparte de estos datos interesantes, tanto para la confección de la ficha escolar del pedagogo como para el psicotecnólogo o investigador en general, el *test Palográfico* registra también toda una serie de detalles caracterológicos, tales como: la actitud vital (introversión, extraversión), las perturbaciones cualitativas y cuantitativas de la afectividad y del carácter (proporción histeroide, epileptoide, esquizoide, cicloide, etc.), los estados de surmenage y de angustia, la coartación, la fatigabilidad nerviosa y psíquica (los dos últimos minutos del *test* son siempre sintomáticos), la presencia de espíritu, etc.

Se puede medir también con el *test Palográfico* el retraso mental — si éste es acusado, en cuyo caso, el promedio de palos por minuto en la prueba valorable será inferior a 70 — y muchas otras anomalías

que interesan al pedagogo, pero que, por tratarse aquí solamente de un artículo escrito en forma de "avance autorizado", no me es posible citar ni detallar. Está próximo a aparecer un libro del Profesor Escala sobre el tema psicomotricidad, en el que expondrá ampliamente y con numerosos datos estadísticos (de niños y adultos) la técnica y alcance del *test* de su invención.

El *test* Palográfico se ha divulgado rápidamente entre los interesados por la Psicología experimental. Actualmente se emplea con profusión en el Instituto Psicotécnico de Barcelona, en la Facultad de Medicina, en la O.C.P.D., en varios grandes grupos escolares y en centros industriales importantes, pese a que todavía el Profesor Escala ha de dar en su libro próximo las valoraciones decisivas.

Por lo que a mi experiencia con el *test* Palográfico se refiere, solamente he realizado unas 300 pruebas (en dos años y medio); sin embargo, he podido darme cuenta de las excelencias del *test* en repetidos casos en que el Rorschach y la misma Grafología no me aclaraba algunos puntos o datos oscuros. Actualmente, combino esta prueba con el TEST DEL ARBOL con resultados muy satisfactorios.

Los que manejan con preferencia los *tests* proyectivos (Rorschach, Szondi, T.A.T., etc.), estoy seguro que encontrarán en el Palográfico un medio de complementación y confirmación excelente de sus trabajos. Pero en donde más especialmente el *test* de Escala cumple su misión es en el campo de la pedagogía, de la orientación profesional y de la selección de personal (sin duda, es debido a eso que el Palográfico se ha divulgado tanto en tan poco tiempo entre los maestros, psicotecnólogos y psicólogos industriales).

El diagnóstico de los grabados que figuran como ilustración del artículo ha sido confirmado en cada caso por el Profesor Escala.

AUGUSTO VELS

EXAMENES Y CALIFICACIONES

Convocados por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, nos reunimos, el pasado verano, un grupo de directores de Instituto. Los vetustos muros de la Universidad internacional "Menéndez y Pelayo" nos cobijaron maternalmente, y su Rector Magnífico extremó las atenciones con nosotros. Bien puedo, en nombre de mis colegas, expresar aquí mi gratitud al espléndido mecenazgo del Consejo y de la Universidad. Ante tantas desconsideraciones con que somos honrados, estos rasgos de los Organismos superiores levantan nuestros corazones a la esperanza.

La remozada capital montañesa, orgullo de españoles y preferencia de extranjeros, nos proporcionó el clima de paz y de espiritual remanso imprescindibles para trabajar y "enfocar los problemas pedagógicos desde la altura". Así habló en la sesión de apertura nuestro compañero señor Royo López, Secretario del Instituto "San José de Calasanz" e Inspector de Enseñanza Media. Los adjetivos de encomio que la labor cultural, docente y administrativa del señor Royo merece, quedan enredados entre las teclas de la máquina. Podrían parecer interesados y prefiero sentirlos calladamante. También a él le place más esta postura.

Es preciso, en verdad, remontarse muy encima de intereses y de enredos para discutir objetivamente temas como el de "Exámenes y Calificaciones", que era el de la ponencia de don Eduardo García de Diego, insigne Profesor de Latín y Director del "Beatriz Galindo", de Madrid. Si alguna función ingrata hay para el buen maestro, es la examinadora; sin embargo, el enemigo ha lanzado sus primeros asaltos a esta fortaleza, que antes fué exclusivamente nuestra. La ocupó sin gallardía del brazo de don Pedro Sáinz Rodríguez, aliado de peso, y de ella fuimos desalojados, sin perder el honor, los Catedráticos de Instituto. Trabajo tendremos para reconquistarla. Cierto que no siempre hicimos buen uso de esta nobilísima tarea, ni aún ahora somos ejemplares en administrar los exiguos restos que de ella nos quedan. En 1934 presencié los exámenes de cierta materia en un Instituto provinciano. Con reloj en mano cronometré el desfile de ochenta alumnos en una hora. Ordenados previamente en fila los examinandos, el interrogatorio del venerable profesor era bien simple: "—¿Cómo te llamas? Lee, traduce, vete". Ni que decir tiene que los escolares traían preparadas dos líneas de memoria, que todos las acertaban y que todos resultaron aprobados. ¡Claro que, a pesar de la "persecución" de que por nuestra parte han sido objeto, eran los tales alumnos de un Colegio religioso.

Cuando, repasando las últimas estadísticas, leo que un Instituto examina por enseñanza libre a 1.787 varones y 651 hembras, y otro, a 1.914 y 354, res-

pectivamente, ellos y ellas juntos, a pesar de los pesares, veo a renglón seguido que en otro Instituto de la misma población son sólo 107 las alumnas examinadas y cero los alumnos. Ante la elocuencia de los números, temo mucho que se repita, en mayor o menor escala, la escena del sabio profesor arriba descrita. Reacción justa contra estas debilidades nuestras fué la “separación” de las labores docente y examinadora. Los resultados han sido aleccionadores. En la Memoria del Instituto “Cardenal Cisneros” correspondiente al Curso 1948-1949, de 1.621 alumnos de enseñanza privada, sólo dos fueron suspendidos. La labor examinadora fué “separada” de los Institutos, pero sigue ahora juntita con la docente en manos de los Profesores de enseñanza privada, si no es cuando el Licenciado enseña y la Rvda. M. Superiora aprueba a la niña a ciencia y paciencia del capitidisminuido Profesor.

En ninguno de los dos campos es muy consolador el estado actual de los exámenes. Por una parte, las dichas “recomendaciones”, que no suelen valer, si son pequeñas, y por otro, el interés que hay en aprobar — intereses es plural de interés —, obligan a que sea un héroe el examinador, que intenta hacer justicia. No olviden mis lectores que el heroísmo no es objeto de ningún mandamiento y que “magistorum parvuli petierunt panem et non erat qui frangeret eis”. El aprobar es cuestión de vida o muerte para muchos Profesores oficiales y privados. Las estadísticas, que nunca mienten, nos enseñan que de dos Institutos creados por las mismas fechas en la misma población, el uno tiene un total de 1.612 alumnos contra 624 matriculados en el otro; lo cual significa que los Catedráticos del uno perciban por Navidad más de 3.000 ptas. de derechos obvencionales y los del otro han de contentarse con los pavos y turronecillos que el mercado les brinde por ochenta y cuatro duros limpios. Este desnivel ¿no será quizá debido a la mayor “benevolencia” de unos profesores sobre otros?

Todavía hay cátedras en manos irresponsables, regentadas por quienes no tienen espíritu de cuerpo ni vocación para enseñar. A río revuelto pescaron un nombramiento, que se va renovando año tras año, y, con sus miserables 462 pesetas de sueldo mensual, de todo han de ocuparse si comer quieren, menos de sus alumnos y de la justicia.

Es absurda la acumulación de inscritos y el actual reparto de derechos obvencionales. Algún ingenuo director provinciano quedóse pasmado al saber que en Institutos de Madrid y Barcelona no se tiene en cuenta el sexo para admitir matrícula colegiada y libre. La matrícula colegiada es hoy una simple recaudación de tributos al Estado y una mera recepción de las actas de exámenes. Parece, pues, lógica la Secretaría única, como única es la Delegación de Hacienda en cada capital de provincia; y cualquier sistema de distribución de obvenciones sería más consecuente que el actual, en que sólo el trabajo del personal administrativo decide la mayor o menor participación del profesorado.

La moral no sale mejor parada del modo cómo suelen realizarse los exámenes libres. En el mejor de los casos, se sientan tres jueces “pro tribunali”, que suelen ser profesores de materias distintas. Uno de ellos interroga y los otros dos empiezan aburriéndose, ajenos a cuanto ocurre en su presencia y acaban distraídos con un periódico o una novela. Esto, si no se realizan a la vez las pruebas orales de dos o tres alumnos. Entonces, las voces se ele-

van como en el locutorio de una cárcel, apuradamente se entienden los interlocutores y el "respetable" se hace la ilusión de que presencia unos exámenes públicos, de los que nada percibe, si no es algún grito del irascible profesor. Los examinadores tienen prisa para dar comienzo a sus bien ganadas vacaciones y se impone la rapidez. Diez minutos por alumno es el tiempo que invierten los jueces que llevan fama de pesados y duros y más de una vez se escucha el ultimátum: "—Si me contesta usted a esta última pregunta, le apruebo."

Por estos cauces discurría el discurso del señor García de Diego, siempre digno, justiciero y oportuno. Lealmente he de confesar que son mías algunas de las ilustraciones precedentes; pero suya es la idea, que plenamente comparto, de intentar por cualquier medio, y "caiga quien caiga", la dignificación de los exámenes y calificaciones.

Siguieron luego las conclusiones, que, dicho sea en honor de la verdad, no complacieron todas a la mayoría; pero todas pasaron, por lo menos en forma de votos particulares, en los que siempre tuvo el ponente alguien que le secundara. Fueron éstas, en substancia:

Que sea dignificada la labor examinadora. A) Evitando que el examinador tenga ninguna clase de interés en aprobar. B) Prohibiendo la excesiva acumulación de alumnos libres en un Centro, canalizándolos a otros que gimnen en la soledad. C) Examinando sólo catedráticos o profesores responsables. D) Dando preferencia a los exámenes escritos, escrupulosamente vigilados, con un número de cuestiones indispensables para que el alumno demuestre el grado de sus conocimientos sobre la materia. E) Que estas pruebas escritas queden archivadas a disposición de los organismos superiores de control y sean completadas por otras orales, cuando se juzgue necesario para afinar la concepción. F) Que presida en los juicios la mayor objetividad. G) Que se modifique la manera actual de calificar. Aunque a la mayoría les son más gratas las antiguas notas de Matrícula de Honor, Sobresaliente, Notable, Aprobado y Suspenso, no hay inconveniente en mantener la puntuación, que permite discriminar y ponderar mejor los méritos. No place la nota de conjunto, pero, si la hay, el mínimo exigido para entrar en ella ha de ser el de cinco puntos por asignatura. No gusta a los Catedráticos que la Geografía apruebe el Latín, o viceversa.

Otras cosas, y sabrosas por cierto, se oyeron en torno a estos apasionantes temas. Las dejaremos en el tintero, por miedo a que resultasen "piis auribus offensivae" y porque hoy no escribimos del todo por cuenta propia. Hemos intentado reflejar, comentando, la combatividad del entrañable compañero don Eduardo García de Diego, digna de mejor causa o, por lo menos, de mejores auspicios.

Queden para otros números los comentarios de las restantes ponencias, si el tema interesa a los lectores, amigos o detractores, de LAYE.

F. L.

COLEGIOS MAYORES EN BARCELONA

La Universidad como Vida

La Universidad, por su origen y por su esencia es un instrumento de educación total de la clase intelectual española. No basta —sería absurdo repetirlo si no fuese aún más absurdo su incumplimiento— con la formación profesional del discípulo, sino que es necesario atender a la formación de los hombres en el más amplio sentido de la palabra. La Universidad no es un mero organismo de transmisión de la Cultura por la sencilla razón de que ésta no se transmite. Por el contrario, todo hombre que estudia *re-crea* en sí mismo toda la masa de aportaciones anteriores de la Humanidad que son sometidas a su consideración. Tan solo una Universidad total y creadora es la base de una sólida cultura nacional. Así fué nuestra Universidad de Oro y así siguen siendo hoy día las mejores Universidades del Mundo. Otra nota que debe tener la vida universitaria, y que surge como corolario de las anteriores, es el influjo decisivo en la vida intelectual del país. Los productos culturales son puros y genuinos tan sólo cuando llevan la marca universitaria. De no ser así corren el peligro de ser utilizados como instrumento fácil para fines extraños. Poseemos un ejemplo cercano: considérese cuántas veces la cultura catalana —una cultura auténtica, genuina— ha sido utilizada como bandera medio sentimental, medio política. Y una cultura, o La Cultura en abstracto, no puede constituir nunca un programa político.

Los Colegios Mayores

Para cumplir esta misión formadora, la primera medida a tomar es el control sobre la vida total del discípulo, es decir, atender a la primera nota reseñada: la totalidad de la educación universitaria. El Estado español lo ha entendido así, y la resurrección, por la Ley de Ordenación Universitaria, de nuestros tradicionales Colegios Mayores, ha poblado a España de instituciones en las que se libera, por fin, al estudiante universitario, de la perniciosa bohemia de las pensiones y del chocolate de las patronas. Estas instituciones constituyen, sin duda, un gran acierto de la actual ley. El fruto de estos Colegios Mayores, que reglamentan la vida de los estudiantes alejados de sus familias y que organizan en toda España clases de repaso, lecciones de idiomas, conferencias y actividades deportivas, esperamos sea recogido muy pronto. En una ciudad llena de actividades culturales como es, por ejemplo, Madrid, no son en absoluto despreciables

los ciclos de conferencias selectas organizados por sus Colegios Mayores. Estos ciclos tienen la extraordinaria ventaja de contar con un auditorio inquieto y joven, y poseen un aire íntimo bien alejado de la pomposidad ateneística. El Colegio se pone en contacto con la Universidad y las Academias de preparación para informarse de las calificaciones de sus colegiales, estimulando el estudio. Pero, sobre todo, en el colegio se desarrolla un "ambiente" común formado por sus tertulias de café, sus periódicos murales y sus actos íntimos en que la eterna picaresca estudiantil es encauzada sanamente. Allí se convierten en hombres de carne y hueso esos productos tímidos que lanza al mundo la encerrona de los colegios privados y el mimo excesivo de las familias.

Barcelona, de espaldas a lo universitario

Pero esta protección decidida del Estado a los organismos de vida estudiantil no ha encontrado en Barcelona el mínimo eco. Negarle a Barcelona una vida intelectual sería insensato. Cataluña es, afortunadamente, una región española con características culturales acusadas, y en la ciudad reposa una Música, una Literatura y un Arte seculares. Pero esta cultura está desprovista totalmente de sentido universitario. Nuestra Universidad —¡qué duro nos es confesarlo— es algo accesorio en el ambiente ciudadano, y estudiantes y profesores dejan de serlo nada más transponer sus puertas. Esta situación es doblemente lastimosa comparada con el carácter esencial que la presencia de estudiantes universitarios imprime a otras ciudades de España.

Colegios Mayores en la ciudad

Quizá se deba a esta inocuidad universitaria el hecho de que, desde 1837, en que los estudios de Cervera se trasladaron a Barcelona, no ha existido en nuestra ciudad un solo Colegio Mayor propiamente tal. En los momentos actuales, en que todas nuestras Universidades están tachonadas de Colegios Mayores y residencias "ad hoc", la Universidad de Barcelona, la segunda de España, es la única que carece de ellos. Existen residencias, algunas de ellas mal llamadas Colegios, que por falta de medios y locales no pueden llevar a cabo actividades importantes ni cumplir propiamente con sus fines. Este es, por ejemplo, el caso del Colegio Mayor "Jaime Balmes", del S.E.U., instalado en un local completamente inadecuado. Falta un Colegio Mayor Universitario independiente y en el que pueda ordenarse la vida estudiantil. Mientras tanto, la Universidad de Madrid cuenta con magníficos centros como los Colegios Mayores "Santa María", "César Carlos", "Guadalupe", "Cisneros", "San Pablo", por no citar sino los más importantes. Existen Colegios Mayores en todas las otras Universidades de España, y sólo nosotros carecemos de ellos.

Y no se alegue, por favor, el consabido centralismo. En las Universidades españolas existen Colegios Mayores, porque el Municipio y las organizaciones estudiantiles, religiosas y culturales, así como la Universidad misma, como entidad independiente, se han preocupado de que existieran, han presentado proyectos y han solicitado del Ministerio los beneficios que se otorgan a toda iniciativa de igual especie. La protección está regulada exactamente de la misma forma para todas las Universidades de España. En Barcelona, ni el Ayuntamiento, ni la Diputación, ni — lo que es más grave — la Universidad se han preocupado del desarrollo de tales centros. Los enterados de este asunto que nos lean, seguramente pensarán en el proyectado Colegio Mayor Universitario "San Raimundo de Peñafort", comenzado a construir en 1946, en la Avenida del Generalísimo. Pero esta intentona fallida no hace más que corroborar lo que veníamos diciendo. Después de cinco años de prolongada ineficacia universitaria para terminarlo, se ha proyectado convertirlo en Facultad de Farmacia, y... en no sabemos cuántas cosas más.

También pensarán nuestros lectores en la Residencia de la Diputación, instalada en el recinto de la Universidad Industrial. Pero, carente por completo de dirección universitaria, dicha residencia lleva una vida lánguida, a la que sería necesario imprimir un nuevo espíritu para que pudiese cumplir con las finalidades de todo Colegio.

Nuestro Alcalde, después de la visita del Ministro de Educación Nacional, ha afirmado que "se va a la construcción de una Ciudad Universitaria Barcelonesa". La promesa es tan vaga y tan de circunstancias, que nos induce a creer poco en ella. No se trata de "ir", sino de "llegar". Pero, en fin, si el discurso significa que el Ayuntamiento empieza a despertarse, por primera vez desde hace siglos, de su prolongada inacción universitaria, tanto mejor. Nosotros contestaríamos al Alcalde que cambiamos su futura ciudad soñada por un local real, "hic et nunc", adecuado para instalar un Colegio Mayor.

Mientras nuestra Universidad, como verdadera unión de maestros y discípulos, ligados por los lazos de una tarea común, deje de lado asuntos tan importantes como el de la formación del estudiante, deberemos confesar, con el mayor desconsuelo, que está traicionando a los fines para los que fué constituida, a toda la tradición universitaria europea y a su misma esencia. Y la primera vía para el reencontro consigo misma debe ser la fundación, con el apoyo de las Corporaciones de la ciudad, de uno o varios Colegios Mayores, que, albergando a graduandos y graduados ocupados en trabajos de investigación o estudios superiores, sean capaces de comenzar a darle un tinte universitario a la cultura catalana.

LAYE

LA VERDAD

El mejor indicio de la mejora de unos estudios es el progresivo aprovechamiento de los alumnos con respecto a los cursos anteriores. Recién terminada la guerra, reducidísimo el número de profesores numerarios, las Facultades de nuestra Universidad, especialmente la de Filosofía y Letras, tenían que desarrollar sus funciones en una situación verdaderamente precaria; si se une a esto la aglomeración de alumnos, motivada por los tres años de inactividad discente, se comprenderá que la formación de los mismos, precipitada por el relativo beneficio de los cursos intensivos, tenía que resultar más nominal que efectivo. A medida que las cátedras iban siendo provistas en sus respectivos titulares, la improvisación cedía y los alumnos han ido terminando los cursos cada vez con mejor formación y generalmente con la conciencia de que las calificaciones reflejaban justamente la realidad de sus conocimientos y esfuerzos.

Bastará un detalle (quien quiera conocer la razón por la que escojo este y no otro, moléstese en leer el artículo a que aludo al final de estas líneas). Hace algunos años, en las pruebas de griego de la Licenciatura de Filología Clásica los alumnos podían recurrir al auxilio de la Gramática. La supresión de este beneficio por el nuevo titular de la asignatura se interpretó como un exceso de arbitrariedad. A partir de entonces en los cursos comunes se ha venido explicando Gramática Histórica de la Lengua Griega (perfectamente lógico después de tres cursos de griego en el Bachillerato) y en el primer curso de la especialidad de Filología Clásica se verifican pruebas sin diccionario sobre *coros* del teatro griego, en las que los alumnos demuestran plenamente que no se descuida el conocimiento práctico de la lengua; por lo demás en los tres cursos de la especialidad se les da amplia oportunidad para adquirir una sólida formación en las diversas disciplinas filológicas.

Estas medidas, que en un principio chocaron, han prosperado con la costumbre, y con paciente tenacidad se logra acercar cada vez más la masa escolar al desideratum metodológico. Algo semejante ha ocurrido en las diversas Secciones de la Facultad, algunas de ellas recientemente vigorizadas con la llegada de nuevos profesores de mérito reconocido. Estamos convencidos de que el profesorado en su totalidad (no "tres" solamente) afronta decidido y optimista las dificultades, que estimamos transitorias, y que

muy pronto recuperará nuestra Facultad el primerísimo puesto que le corresponde. Las perspectivas son más halagüeñas que nunca; se muestran vigorosos y pujantes los estudios lingüísticos y filológicos, carentes absolutamente de tradición y ambiente hasta ahora en nuestra Patria, si prescindimos de la figura señera de algún heroico adelantado.

Respecto a los alumnos nos guardaremos muy bien de establecer comparaciones con los de las demás Facultades. Cada una tiene su estilo y sus métodos... El que muchos "superdotados" no afluyan a nuestras aulas no dice nada contra la calidad de unos estudios ni la manera de enseñarlos; es un fenómeno imputable en todo caso a la misma sociedad de nuestro tiempo, más solícita por lo material, que de enriquecerse con valores espirituales. Por lo demás podemos certificar el paso constante de elementos de auténtico valor y que los alumnos con vocación son múltiplo de "quince".

Con lo dicho creo que hay más que suficiente para desvirtuar la apasionada diatriba de quien, sin haber aprobado una asignatura siquiera en la Facultad, trató de desprestigiar a profesores y alumnos en el número anterior de esta revista. No ofende quien quiere, sino quien puede. Los "exabruptos" por el estilo no pueden resultar nunca "catárticos" y siempre son contraproducentes. La veracidad de unos extremos no justifica nunca la violencia y la injuria. Hay sin duda graves imperfecciones y las habrá siempre (son muy humanas); la crítica es muy conveniente, pero el insulto debe evitarse. En vez de eliminar por sistema, consideramos más digno y cristiano ayudar a los alumnos que despreciarlos con aires de superhombre nietzscheano. Es más, si a alguien se debe excluir, no ya de la Facultad, sino de la misma convivencia social es a los tipos que confunden la modestia con la oligofrenia, la capacidad con la petulancia y el valor con la insolencia. Así nuestra pacífica labor no se verá nunca perturbada por irresponsables, de los que ni para "tracción" aconsejaríamos a nadie que se sirviera.

FRANCISCO SANMARTI BONCOMPTE
Profesor de la Facultad de Filosofía y Letras

UN HECHO Y ALGO SOBRE RESPONSABILIDADES

Felix qui potuit rerum cognoscere causas!

El breve artículo explosivo de J. M. Mauri acerca de los cursos de Seminario en la Facultad de Letras, publicado en el número 13 de LAYE, es, sin duda, de los que levantan roncha. Bastaría para ello su tono acre, hiriente hasta el exceso. Lo ha escrito, con toda seguridad, un hombre joven y no poco violento. Pero si un hombre de ese tipo está enterado de lo que se dice y si le asiste razón al hablar, es quizá conveniente que no calle por miedo a que la aceleración de su impetu desbordado le dificulte guardar debidamente las formas. Y que semejantes desahogos duelan es sólo una saludable muestra de que la vergüenza no ha muerto aún entre nosotros.

Es el caso que en nuestro pobre cuerpo académico abundan los males, y Mauri, porque a él también le duele, grita. Parecen a primera vista reprochables los pesimismos apocalípticos y el olvido de miembros sanos, funciones correctas y defensas orgánicas para no ver sino lo degenerado y lo impotente. Creo, sin embargo, que el reproche que se viene a las mientes de cualquiera sería a pesar de ello injusto. Lo impertinente es que un enfermo del hígado se dedique a decir que anda perfectamente de los bronquios. No que dé alaridos llevándose las manos al hígado, donde precisa de intervención facultativa. Aunque el dar alaridos sea siempre inelegante.

Al leer tales desahogos poco corteses debemos desechar escrúpulos de buena educación y preguntarnos si lo que el inoportuno grita es o no es verdad. Creo que si todos queremos ser sinceros con nosotros mismos y meditamos desapasionadamente coincidiremos en que buena parte de lo que J. M. Mauri dice en su artículo es verdad. Por lamentable que sea constatarlo, por cruel que sea decirlo, por doloroso que resulte oírlo: sin comentarios y sin divagaciones ¿es o no es verdad que los cursos monográficos que dan pie a la crítica están, por lo general, muy por debajo de lo que cualquier profesor o alumno medianamente exigente podría desear? ¿Es o no es verdad que la gran mayoría de profesores que son en su fuero interno exigentes en cuanto atañe a su vocación minimizan esa su propia exigencia

a la hora de sancionar a estudiantes y buscadores de títulos? ¿Es o no es verdad que escasean alumnos exigentes para consigo mismos, mientras hay muchos, muchos, que se especializan no en las disciplinas que más les gustan—si es que les gusta alguna—, sino en las que tienen menos “huesos” que roer? Y, por fin, ¿es o no es verdad que con el nivel medio del harto numeroso alumnado que atiborra nuestras Facultades de Letras, y con la abrumadora mayoría de medianías que estudian más porque “es moda” que por verdadero interés científico, sin sólida base de conocimientos ni curiosidad intelectual, NO CABE HACER COSA MEJOR, hasta tanto que las especializaciones y las bajas no van dejando a tal o cual grupo, a tal o cual individuo, junto a un maestro-grupo que disuelven apenas formado las exigencias profesionales y vitales de los alumnos selectos?

No veo que pueda contestarse sino rotundamente “Sí” a todas esas preguntas (1). Y no veo que semejante respuesta pueda producir en estudiosos y profesionales amantes de su carrera sino grave y amargo malestar. Hasta aquí los hechos. Cosa, empero, harto más difícil es el señalar responsabilidades, y otra que se pierde ya en los límites de lo posible, el aquilatarlas. La audacia de Mauri, abandonando toda reserva, señala unas cuantas. Muchas. Ni es extraño que así sea. En un centro de convergencia de tantas fuerzas y actuaciones como es una facultad universitaria, la responsabilidad de una situación de conjunto debe alcanzar en mayor o menor grado a todas las partes, máxime si se admite la paradoja de las responsabilidades sin culpa, o con mínima culpa. Así vistas las cosas, opino que Mauri, pese a todo su radicalismo al señalar responsabilidades, no se ha quedado largo, sino corto. No sólo en la Universidad—ni mucho menos— están los responsables de lo que en la Universidad ocurre y deja de ocurrir. Deben ser multitud los que existen a extramuros de nuestra primera institución académica. Y, en primer lugar, una responsabilidad considerable afecta a los estudios medios.

Creo conocer bien la situación de nuestras aulas universitarias, a las que he asistido muy recienemente y con las que nunca he perdido contacto. Y sé

(1) Lo peor es, por supuesto, lo extenso del mal. De ningún modo creo que J. M. M. aluda sólo ni principalmente a nuestra Facultad de Barcelona, de bien ganado crédito en España, a pesar de todo. Por mi parte, y de acuerdo con la experiencia que tengo de lo que ocurre en la Facultad de Derecho, afirmo que nunca como ahora el aumento del número de estudiantes en dicha Facultad ha sido más perjudicial. En la actualidad es materialmente imposible en los estudios jurídicos, de tan grande tradición en la Universidad, hacer otra cosa que una selección “a grosso modo” y esquivar como buenamente se pueda, si se puede, el cúmulo extraordinario de cartas de recomendación y otros recursos no más académicos con que los alumnos asaltan materialmente al profesorado. Todo el mundo quiere licenciarse, y muy pocos deciden llegar a ese feliz término por la vía recta: el estudio. Lo peor es que en nuestra Patria se organiza la Enseñanza Superior de modo que presupone—o, al menos, permite—esa reacción en el alumnado. Piénsese en las enormes clases en que es imposible tomar contacto directo con el alumno, en el procedimiento de exámenes, etc. Quizá algún día me entretenga en estudiar un poco el problema de nuestras Facultades de Derecho. Por ahora, y autorizado por mi reciente estancia en nuestra Facultad de Filosofía y Letras, seguiré estudiando el artículo que comento.

como todo el que mira la realidad sin prejuicios, la enorme influencia que proyectan sobre ellas los bachilleratos mal hechos (2). El Profesor universitario ha de renunciar a sus ambiciones desde el momento en que descubre el verdadero estado del material discente puesto en sus manos (3). El catedrático de Instituto (luego precisaré más, dejando en el alto lugar que merecen a estos hombres generalmente admirables, gloriosos parias de la cultura española) es el responsable del estado de formación de sus bachilleres. Como el catedrático de Universidad lo es de la admisión de los mismos en el ámbito académico. Los Institutos deberían garantizar la aptitud general de sus alumnos y la puesta a punto de su formación para recibir, si aspiran a ellas, las enseñanzas universitarias, así como las Facultades deberían comprobar la aptitud especial de sus aspirantes para asimilarlas. Ni en aquéllos ni en éstas se hace así. Ni puede hacerse. Sin ánimo de resucitar un viejo tema es preciso señalar el Examen de Estado como el quiste existente en el punto estratégico que permite invalidar a la vez los mejores esfuerzos de unos y otros. Si hay una preparación contraindicada para la educación universitaria y muy especialmente para la humanística, es el Examen de Estado. Si hay una prueba decididamente inútil para apreciar la aptitud de los aspirantes a cursar estudios en una facultad, es el Examen de Estado. Más ineficaz que nocivo para las facultades. Más nocivo que ineficaz para los institutos. Hasta el punto de ocupar el primer lugar, con carácter de franco impedimento, entre las dificultades con que tropiezan los catedráticos de Instituto para salir airoso de su responsabilidad. El Examen de Estado impone su aplastante realidad y obliga a sus alumnos a sustituir su formación científica y humanística por la progresiva conversión en esos "ficheros" que tanto duele a Mauri ver en los claustros universitarios (4). Es cuanto, por regla general, puede ofrecerse al cabo del "bachillerato humanístico" soñado por el plan vigente.

Conviene no dejar de tener presente la complicación que ofrecen los problemas de la enseñanza. Pero parece que no quepa una eficaz ordenación de la misma hasta que la Enseñanza Media pueda desenvolverse libre de influencias extrañas que la fuercen a deformarse, y hasta que las facultades no encuentren modo de seleccionar por sí mismas y por métodos pro-

(2) Podemos decir con satisfacción que la mayoría de estos bachilleratos mal hechos no han sido cursados en los Institutos Nacionales. Pero, ¿quién sabe si no alcanza también a los catedráticos de Instituto alguna responsabilidad indirecta por los otros bachilleratos? Claro que el pecado por omisión es siempre leve. Y casi no existe cuando las circunstancias imponen la inhibición.

(3) Algo semejante a lo que ocurre en los Institutos, donde, por falta de una Enseñanza Primaria adecuada, ha de hacerse todo en la formación de los bachilleres, desde enseñarles a leer y escribir.

(4) Hay también entre los catedráticos de Instituto quienes se niegan a bailar al son del Examen de Estado y enseñan su asignatura como si aquél no existiese. No sé qué es más perjudicial. Porque el alumno, que tiene derecho a no perder años de su vida, busca entonces profesores particulares de los que dicen enseñar (?) sólo para el Examen de Estado, y cae en el caos y la anarquía de los estudios. Y si no lo hace así puede darse la gran paradoja de que sea suspendido en la Universidad (no por los examinadores, sino por el sistema) a causa de no haberse sometido a una preparación antiuniversitaria.

pios a sus propios alumnos. Que es, por cierto, lo que la Ley de Ordenación Universitaria pretendía, a lo que parece.

Por lo demás, las causas que motivan el indiscutible hecho de observación de que no marcha bien el complejo mecanismo de nuestra enseñanza son sin duda tantas y tan entremezcladas que no son para tratarlas a la ligera. LAYE ha hablado ya alguna vez de cómo la verdadera solución debe ser buscada no en el terreno discontinuo de los detalles, sino en la estructuración orgánica de la enseñanza en todos sus grados, en la unidad de criterio, en la continuidad de las sucesivas etapas, por un lado. Y, por otro, en el progresivo rigor en la selección del alumnado apto y conveniente para cada ciclo de enseñanza, encauzando a cada alumno a tenor de su vocación y sus posibilidades.

Pero al escribir estas líneas no era mi intención repetir cosas ya dichas. Quería sólo recoger la queja de un universitario disgustado hasta la exasperación, sumarme a ella, porque el dolor que la provoca ha de ser común a todos los que tenemos afanes comunes y recordarle que el mal que señala es demasiado difuso para concretarlo aquí y allá y demasiado confuso para hacerlo consistir en ésto o en aquéllo.

JESUS NUÑEZ HERNANDEZ

Licenciado en Filosofía y en Derecho

Profesor Ayudante de la Facultad de Derecho



2.

ESPIRITUALES

ADORMECIDOS, dejarse transportar por las palabras — que son genios sin vida — hacia el rescoldo de lo humano, descansando bajo los rayos de un sol muerto. Y escuchar luego los salmos de la brisa sobre nuestras cabezas, esperando el reflejo de un cielo claro y silencioso, como el de un árido desierto. Irse sin darse cuenta de la marcha — la vida huye del cuerpo —, irse calladamente hacia la inconsciente verdad de nuestras almas.

2

HASTA los más recónditos ángulos han querido llegar nuestros ojos humanos, esperando hallar en alguno de ellos la respuesta a nuestras preguntas, la solución para el problema insoluble de nuestro destierro. Sin embargo, estos ángulos no encuadran en la figura geométrica creada, sino en la circunferencia creadora. En nuestro problema, la solución se halla fuera de él.

Es preciso, para liberar al espíritu, hallar la "palabra" que penetre la materia, desbordándola luego sobre el mundo como un río salido de su cauce.

LA paradoja es el principio de un mundo victorioso; pero tan sólo sirve, cuando la amargura anida en sus entrañas, para hacer del hombre un buscador de esperanzas.

Nos sentimos llevados hacia el místico transcurrir del tiempo, mientras las horas van pasando, van renaciendo, sin que nosotros deslicemos una sola mirada sobre el reloj que las marca.

Rivalidad del hombre y del tiempo; íntimo equilibrio de Dios, fuera del tiempo y demasiado humano.

Y así la distancia de lo real; esta búsqueda afanosa en el interior del alma, donde tan sólo reposamos nosotros.

La voluntad de vivir en nuestro espíritu.

LA forma pura en el fondo del abismo, de nosotros distanciada por el infinito de la vida. Como una frente sonora repitiendo su soledad hasta el confín más remoto, como un espejo recogiendo nuestros sueños, para hacerse aire que nos penetra de amargura.

EL estilete del misterio nos escinde y engendra la muerte en nuestras almas.

La muerte pesa en las manos como el viento, purifica la esperanza y hace sencillo lo que resta del silencio... Pero la muerte no se repite.

UN mundo que agoniza ante los hombres incapaces de crear otro nuevo; las verdades contradichas por nuestra indiferencia: en medio de tanta soledad resta único el "hombre".

Y en nuestro espíritu, el principio de la creación, nuevamente en marcha.

SIN escoger entre lo vivo y lo muerto, entre lo pretérito y lo futuro, el hombre retrocede hacia la naturaleza.

EN la naturaleza está Dios que es el principio de los hombres.

DIOS muere por sí solo con el tiempo, pero renace en cada renacer del hombre, como una sombra que limita la muerte. Dios vive de nuestra existencia, la que nos va quitando poco a poco para dárnosla de nuevo. Todo en El es principio.

EN la agonía de nuestra sangre que fertiliza al mundo, reposa serenamente el sueño de un planeta. El porvenir es el silencio, es decir, no poder escucharnos jamás a nosotros mismos. Todo este tiempo infinito se pasará en un segundo, contado al ritmo del corazón humano.

AHORA, situado en la conciencia de mí mismo, miro el espacio que ocupará mi ser, y me contemplo en la alegría de no ser ya parte de un inmenso cuerpo.

PUES nada hay en el silencio, nada en nuestras palabras, sólo el vacío que nos llena... hasta en los ojos.

ALGÚN día se explicará la fábula de los seres que quisieron comprender y que fueron convertidos en dioses. Se les recordará afablemente con el perdón de sus errores. La añoranza es eterna.

MIENTRAS, es preciso que el espíritu descanse en la escucha de sus temores, para hallar la paz de lo espontáneo, el consuelo en lo no pensado, que, a pesar de ello, puede ser cierto y verdadero.

Es preciso que el hombre hable mientras sueña.

JOSE SAN MARTIN

EN la agonía de nuestra sangre que fertiliza al mundo, reposa serenamente el sueño de un planeta. El porvenir es el silencio, es decir, no poder escucharnos jamás a nosotros mismos. Todo este tiempo infinito se pasará en un segundo, contado al ritmo del corazón humano.

A HOYA, situado en la conciencia de mí mismo, miro el espacio que ocupará mi ser, y me contemplo en la alegría de no ser ya parte de un inmenso cuerpo.

NOCHE

*Clamo a tu vientre lívido de viento,
al corazón estrecho de tus gallos,
a sus látigos rojos, a los rayos
que acribillan tu hueco firmamento.*

*Busco la arista del desdoblamiento,
hurtarme fruto a mis normales tallos,
libertarme en tus ácidos caballos
y ungir tus torres de mi advenimiento.*

*Si llegarás conmigo a la ondulada
alta loma del ser, donde se muta
la sangre viva en símbolos de hielo...*

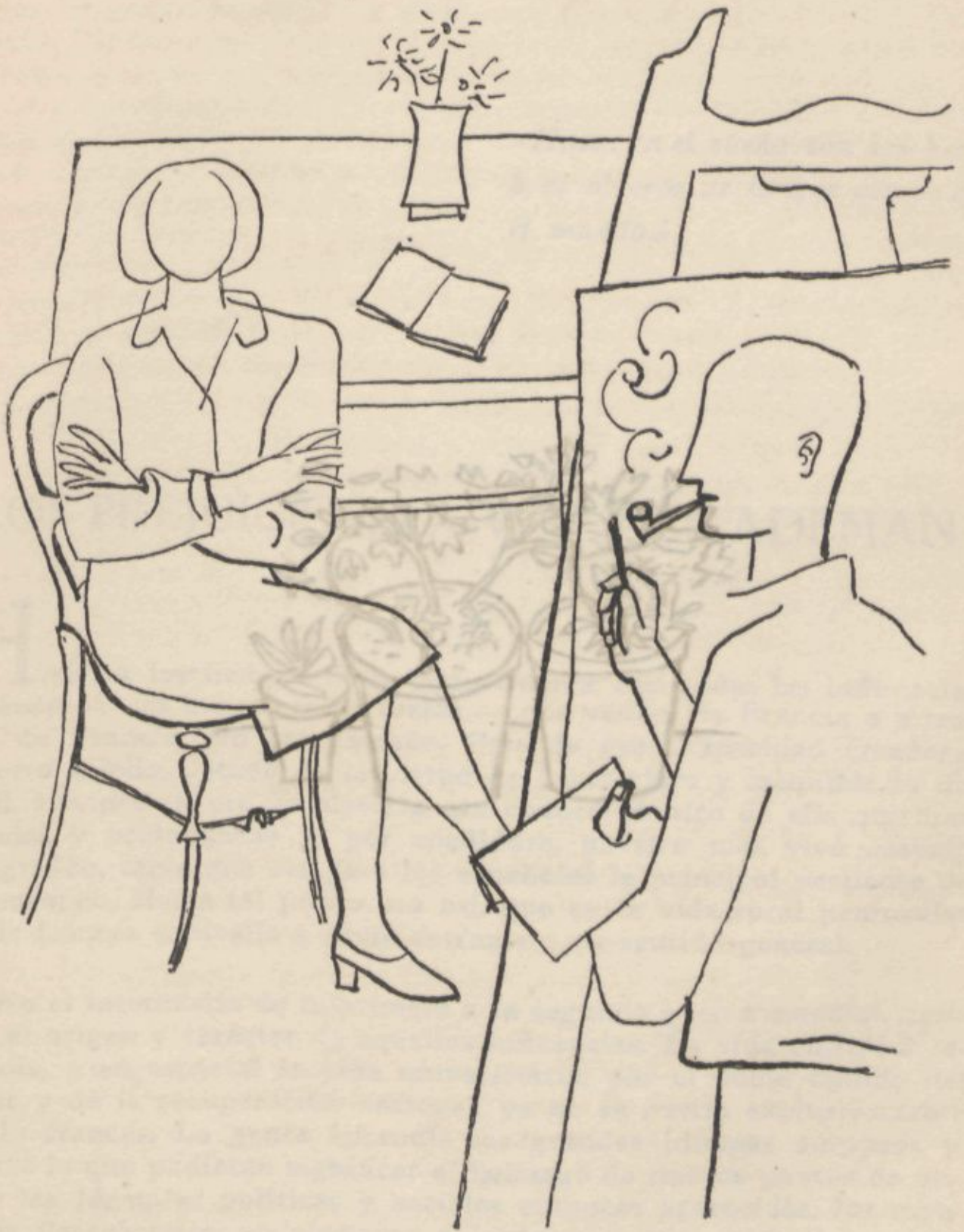
*Mas quien podrá parar la madrugada
alzando ya la concha de su ruta
sus rapaces de luz sobre tu vuelo.*

CARLOS BARRAL

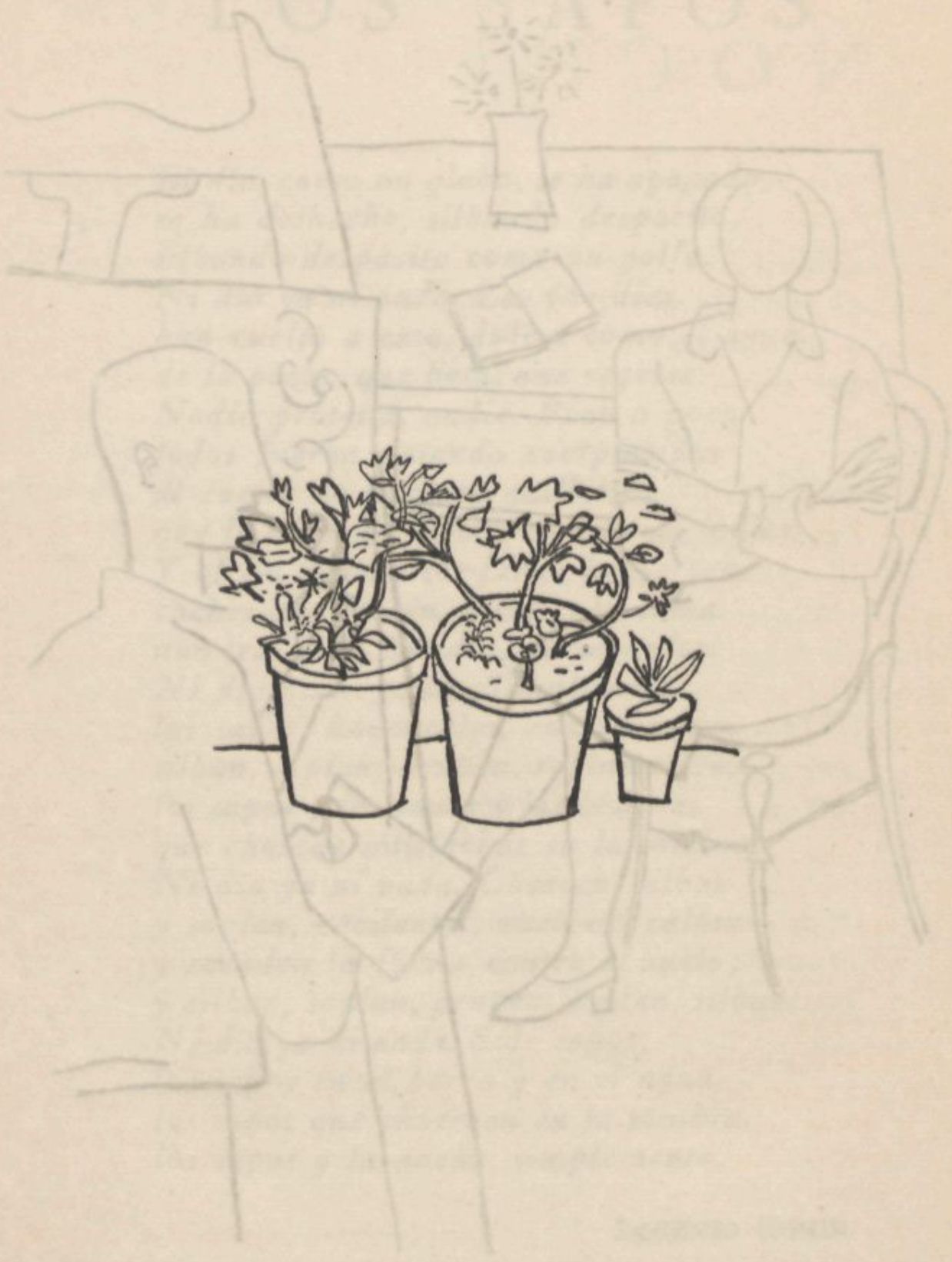
LOS SAPOS

*El día, como un globo, se ha apagado,
se ha deshecho, silbando despacito,
silbando despacito como un golfo.
Ni día ya ni nada. Las familias
han vuelto a casa, dulces como el agua
de la playa, que besa, que regresa.
Nadie protesta, nadie. Poco a poco
todos fueron pasando complacidos
al cuello de la lenta guillotina
que la vida del hombre corta en lonjas.
Y al fin cruzan los faros, los feroces
coches que corren, locos, a la cama
uno tras otro, heridos, perseguidos.
Ni día ya ni nada. Simplemente
los sapos, honorables, concienzudos
silban, soplan, gruñen, soplan, silban,
los sapos y las ranas y las lenguas
que chascan satisfechas en la sombra.
Ni día ya ni nada. Chascan, silban
y soplan, vacilantes, vuelven, callan
y sacuden la flauta contra el suelo;
y silban, soplan, gruñen, soplan, silban.
Ni día ya ni nada. Sólo sapos,
los sapos en el barro y en el agua,
los sapos que chorrean en la sombra,
los sapos y la noche, simplemente.*

LORENZO GOMIS



LOS SAPOS



Escrito por...

ENTRE SOL Y SOL

«Hasta en el sueño son los hombres obreros de lo que ocurre en el mundo.»

LOS PREJUICIOS, LA VOZ Y EL ADEMAN

HASTA los tiempos de la Gran Guerra, casi todas las influencias foráneas — las buenas y las malas — nos venían de Francia o a través de Francia. No era extraño. País de gran capacidad creadora, abierto a todo, dotado de la virtud de hacer claro y asequible lo difícil, siempre en pie de historia, sin conocer dentro de ella quiebras hondas y prolongadas y, por añadidura, nuestro más vivo costado geográfico, tenía que ser para los españoles la principal vertiente de lo europeo. Hasta tal punto era así, que en la vida rural peninsular decir francés equivalía a decir extranjero en sentido general.

En el intermedio de la primera a la segunda guerra mundial, cambió el origen y carácter de aquellas influencias. La vida cultural española, y en especial la vida universitaria, por el doble camino del saber y de la recuperación nacional, ya no se nutría exclusivamente de lo francés. La gente aprendía los grandes idiomas europeos y, aparte lo que pudieran significar el hallazgo de nuevos puntos de vista y las fórmulas políticas y sociales entonces aparecidas, los españoles descubrieron en alemanes e ingleses, y aun en italianos, una interpretación y un interés por lo nuestro más ecuánime y constructivo que en los franceses.

La época actual, la de las masas vaticinadas por Ortega, es de clara influencia norteamericana. No podía ser de otro modo. Un pueblo sin una jerarquía heredada y con un potencial económico en que caben todas las quimeras, tenía que convertirse en la cuadrícula de proyección de todos los que abandonan con ademán optimista y tumultuario el viejo cascarón jerárquico europeo. Es confuso todavía el significado de la influencia norteamericana en Europa, y posiblemente lo sea más para un norteamericano. Lo más tangible, lo que a primera vista salta, es el ruido y los dólares. El ruido lo han aceptado los gobiernos con gesto de hidalgo arruinado y soberbio o de tahir que cobra su barato. A los viejos imperialistas les resulta incomprendible el aire desprendido y benéfico de los norteamericanos en su acción militar y política, aunque luego venga alguien a decirles al oído que su imperialismo es económico y que es el más feroz de todos. Muchos intelectuales los ven como a seres inmaturos, vigorosos y sin malicia. El hecho es que no se ha llegado aún al conocimiento recíproco — necesario y urgente — de norteamericanos y europeos.

Sin entrar en el análisis del norteamericano como sujeto histórico — tarea todavía difícil —, hay un orden de cosas en que su aportación tiene un valor universal claro e indiscutible: el de la técnica. Todos los que viven en el terreno de la ciencia aplicada saben muy bien que en el momento presente es forzoso estar al día de lo que se hace en los Estados Unidos.

En el aspecto externo de que vamos a ocuparnos, la influencia de los norteamericanos sobre las masas españolas ha llegado por dos malaventurados caminos, el cine y la radio, con toda su zarabanda humana y mecánica: estrellas de ambos sexos, animadores de género ambiguo, locutores de género epiceno, instrumentos de percusión, algarabía y languideces.

Por fortuna para todos, Norteamérica no es eso. No puede serlo, porque un país de vitalidad poderosa y de conciencia no maleada, tiene que llevar por fuerza dentro de sí un contenido de mayor entidad y consistencia. Los Estados Unidos son un pueblo sin prejuicios, con una personalidad en fase de sedimentación, que admite todo lo episódico y con un espinazo histórico todavía en cartílago.

Es, evidentemente, un pueblo sin prejuicios éste de los Estados Unidos, al contrario que los pueblos europeos, cargados de ellos, lo que, al fin de cuentas, no es más que cultura asimilada y circulante. La vida no es otra cosa que una progresiva acumulación de prejuicios,

es decir, de fórmulas que nos darán una valoración de lo concreto, exacta o aproximada, justa o arbitraria, pero que a menudo nos son impuestas por fidelidad a nosotros mismos. Hay prejuicios cuya persistencia o caducidad depende de nuestra particular biología. Otros, en cambio, pertenecen al vivir, más largo y ancho, de nuestro pueblo. Si todos los hombres y todos los pueblos se despojaran de sus prejuicios — históricos, autovalorativos, de misión, etc. —, la vida y el mundo, además de amorfos, serían de un aburrimiento mortal. Lo más gozoso del vivir, de esa deliciosa parte del vivir que consiste en conversar y en ver lo no visto, es el descubrimiento de los prejuicios ajenos y la defensa y sistematización de los propios. Prejuicios: castillos tercios, audaces, alzados en difíciles picachos de razón y tremolantes de banderas. Sentir apasionadamente una nacionalidad es aceptar antes de nada sus prejuicios, y luego llevarlos en el alma en desazonada ebullición.

Pero ocurre muchas veces que lo que en una persona o país se da como un prejuicio de signo positivo, o como una resultante constructiva determinada por la carencia de ellos, trasplantado a otra persona o país resulta ser un instrumento de disolución o una mamarrachada. Las más visibles mixtificaciones externas de lo genuino español se dan hoy en nuestras masas a través del cine y de la radio. Los norteamericanos, que son los que han dado a uno y a otro invento su carácter y modos peculiares, no son culpables de ello, porque lo que es valedero y lógico en un país no está obligado a serlo en los restantes, y porque tampoco tienen parte en la interpretación e imitación primaria de que son objeto. Pero ahí están esas pantallas y emisoras nuestras administrando, incansables, su droga al sector más mentalmente desguarnecido del país.

Aquí no vamos a referirnos a daños morales y sociales ni a profetizar cataclismos, entre otras cosas, porque el mal no alcanza a las zonas nobles y porque estos sarnazos epidérmicos nunca llegarán al tuétano de lo español. Se trata sólo de denunciar al cine y a la radio, a lo malo y falso de la mayor parte de nuestras películas y emisiones, de adulterar el ademán y la entonación de bastantes millares de españoles, de esos españoles que se tuercen a todas las ráfagas y que hacen sonrojarnos a los demás.

En los doblajes de películas extranjeras y en las que por entero se hacen en España, se ha inventado una entonación oral que consiste en una dislocación estúpida de la curva normal de nuestro lenguaje. Cualquier espectador un poco atento — si es que no se ha habituado al hecho como a uno más de los ingredientes falsos del cine — puede

advertirlo. Supongamos, por ejemplo, que se llama desde lejos a una persona cuyo nombre es Enrique. Un español que lo hiciera obedeciendo a la usual y heredada entonación de su lengua, elevaría el tono de la segunda sílaba, manteniendo el de la tercera poco más o menos a la misma altura y alargando ésta. Cuando un escritor trata de representar gráficamente el hecho, repite dos o tres veces el signo de la última vocal. Pues bien: en el cine y en la radio no ocurre así, sino que la sílaba media se levanta en una nota aguda y cae rápida sobre la final. Del mismo modo, todas las frases y frasecitas se van cortando como a golpe de tijera y en dirección descendente. Y no hablemos del constante uso en señal de asentimiento de dos breves y sucesivos mugiditos nasales, acompañados siempre de un parpadeo bitongo. Así hablan también los locutores de radio, los animadores, los tenderos de altavoz y muchas personas que ocasionalmente se ven ante esa especie de ocarina encantada de los micrófonos.

Por lo que toca al ademán, baste otro ejemplo. A imitación de lo que ven en el cine, los españoles de que venimos hablando ya no dicen adiós desde lejos con un movimiento de flexión hacia el hombro del antebrazo y la mano, sino haciendo girar uno y otra a derecha e izquierda, como si quitaran el vaho de un cristal imaginario.

En estos últimos años, como puente entre el cine y la radio, y a merced de una tolerancia inexplicable, se nos ha metido de mogollón en la vida española la figura casi siempre ambigua y deplorable del animador de orquesta. Es chocante su presencia en un pueblo al que son tan gratas las cualidades viriles. Pero ahí está también, asido al hierro de la peana, haciendo cucamonas con su romanticismo mata-lón o su languidez negroide, dándole a los pies como si pisara ranas y con la boca pegada al micrófono como un canario adivino.

El sensacionalismo barato se ha apoderado de toda clase de propagandas, en una triste imitación de la millonaria propaganda norteamericana. Suele resultar ridículo. Es lástima tener que venir a parar a la anécdota, pero no hay otro remedio. En el momento en que esto se escribe, y vaya como muestra, un comerciante de Barcelona utiliza para su negocio una de las emisoras de la ciudad. Veamos de qué manera. A las nueve de la noche, y después de una musiquilla grotesca, el locutor abre un sobre, cerrado y fechado antes a la vista de un notario. Dentro del sobre hay un papel, y en él figura escrito el nombre de un objeto que cualquier mujer puede presentar hasta las diez en la emisora. A la primera que llega se le da un premio, un vale ta-caño que le ayudará a comprar lo que el tendero vende. Como la cosa hace tiempo que está en marcha, frente a la emisora, y en el lugar

más frecuentado por vehículos y viandantes, se congrega una multitud de cretinos, de ociosos y de ingenuos, algo así como la claqué de todas las sandeces ciudadanas. Apenas ha sonado la voz, y ya aparecen por calles y callejas docenas de mujeres corriendo desaladas con sus tortugas, sus peceras, sus cajones de cómoda y sus organillos — que tales objetos han llegado a pedir —, a pique de dejarse los dientes de la escalera por el denuedo con que la suben y entre la algazara de los espectadores de ocasión. Pasa una hora, hora y media, suena la misma musiquilla y vuelve a oírse la voz triunfal del locutor. Repite su disco leguleyesco sobre las condiciones del concurso y a continuación hace acercarse al micrófono a la ganadora de la carrera. Entonces, le pregunta su nombre, su edad, lo que hacía al escuchar el anuncio, el modo como llegó y otras mil cosas insulsas y sin interés, cuando no impertinentes y abusivas, siempre en un tono protector, que irrita. Después hace lo mismo con otras tres o cuatro de las atolondradas mujeres, y con sus maridos y acompañantes, que saludan a la familia, a los vecinos y a la portera de la casa, disfrutando, nerviosos, de la *gloria* del micrófono.

Todo ello resulta de un mal gusto y de una chabacanería atroces. No hace falta decir el riesgo en que se pone a las alocadas corredoras nocturnas de ser atropelladas por un vehículo, la perturbadora acumulación de desocupados que trastorna el tráfico e impone la presencia de unos guardias, y hasta la implicación en el anuncio de la seriedad notarial, como si se tratara de una cosa de gran interés.

Pero por encima de todo está la auténtica crueldad de hacer correr grotescamente por esas calles, con el reclamo de un premio, a unos cuantos seres humanos afectados de necesidad, de insuficiencia mental o de espíritu pueril y exhibicionista. Es posible que tal propaganda caiga bajo alguna reiterada prohibición de utilizar a un semejante como anuncio carnavalesco, nacida en tiempos en que podía meterse a un hombre en un escaparate o hacerlo salir por la calle disfrazado de rey godo o subido a unos zancos.

Que cosas así se consideren lícitas, que no se proteste de ellas en los periódicos diarios, es un tanto grave. Indica, por lo menos, una notoria merma del respeto debido a lo humano, y es, desde luego, una muestra más del relajamiento de unos prejuicios y de una conciencia de lo ridículo que nos interesa conservar, al menos para que nuestras reacciones puedan ser atribuidas a nosotros mismos y a nuestro modo, en cuanto pueblo, de entender la vida.

RAMON CARNICER

UNA HUMILDE VERDAD

UNOS hombres vivieron en las inacabables estepas lejanas. Lector, amigo o enemigo, contémploslos; porque estamos en una época en que es preciso buscar mucho para dar con verdaderos hombres, y éstos, verás, lo eran hasta la medula.”

La aparente simplicidad sentimental de esta afirmación, con la que cierra Leon Degrelle el prólogo a su libro *La campaña de Rusia*, esconde una lección interesante. Basta para recibirla poner la frase en relación con su dintorno vital.

Leon Degrelle es un viejo totalitario. Leon Degrelle, como todos los totalitarios, entró en la vida de Europa con una fuerte carga ideológica que se creyó semilla y resultó lastre. Porque, tanto como siegas de mieses humanas, las guerras son grandes talas de selvas ideológicas. La experiencia de la lucha y la derrota ha quitado a su sistema teórico todo valor y hoy el jefe totalitario no tiene interés alguno en exhumar fórmulas rígidas ni explosiones literarias. Pero un infalible instinto político le señala el valor perdurable de su gestión histórica: la calidad vital.

— De antiguo se conoce este importante y repetido suceso: pocos hombres se entienden tan bien y son tan capaces de aceptarse mutuamente como los que han luchado entre sí. Hay muchas sorpresas biológicas de este tipo. Y esta es la primera reflexión a que se presta el libro de José María Fontana “Los catalanes en la guerra de España”, memoria en la que aquel sentido de la importancia de lo vital — ya señalado en Degrelle — se enriquece con una importante consecuencia: la comunión con el enemigo sobre la base del valor humano mero, de la copresencia bruta, del liso y mondo ser-en-otro, decisivamente sentido por quien ha visto crispase manos sobre fusiles que le apuntaban.

Basten esas dos citas. No para dar con claridad absoluta noción fiel del tema que va a ocuparnos. Pero sí para apuntarle. Y tal vez la

escasa precisión de los conceptos biológicos no alcance honradamente más objetivo que ese del mero apuntar. Procede, pues, declarar lo que nuestro visor encuadra: una pérdida progresiva, en el regimiento del mundo, del sentido e importancia que el humilde factor vital tiene en la marcha social del hombre.

El hecho es de fácil y general constatación en el ingenuo racionalismo con que se construyen los órganos llamados a gobernar una humanidad paradisiacamente unificada. Un alegre descuido de todo lo que en el hombre no es razón o digestión (1) — es decir, de toda la obscura zona de la que parten los impulsos colectivos, a saber los estratos altos de la vitalidad y los bajos del psiquismo —, esto es lo que ha presidido el intento democrático de conformación de un nuevo mundo. Y algo todavía más grave: un desconocimiento de la Historia, que lleva a los rectores de la tierra a grandes errores difícilmente reparables y a pequeños ridículos divertidísimos, como las infantiles historietas de M. Truman acerca de la libertad ateniense y la tiranía espartana.

Debe observarse, por último, que esa posposición de lo vital y lo anímico en la constitución del mundo democrático se hace en beneficio exclusivo de algo tan pobre y esquemático como la razón discursiva simple, la razón de los geómetras. Y nunca una construcción intelectual podrá ser considerada fruto del Espíritu (2), si ha empezado por rechazar lo que la Vitalidad y el Alma le aportaban como cimientos para el edificio (3).

Tan fácil es percibir así este vicio en su raíz como en sus no tan lejanos frutos (del mismo modo como la posición de principio de Degrelle llevaba inmediatamente al fecundo corolario que recogíamos del libro de Fontana). Escogiendo al azar, entre varios ejemplos, ahí tenemos a un general en jefe que se enorgullece de que, si bien sus hombres no han avanzado más de unos metros frente a un enemigo deficientemente armado, sus *máquinas* aéreas le han causado más bajas en una sola operación que toda su infantería en la campaña que finalizaba por aquellas fechas. Y el hombre cierra sus manifestaciones declarando que su objetivo es causar el mayor número posible de muertes. ¿Otro ejemplo? Stuttgart, destruída horas antes de la

(1) Y aun reducida ésta a mero proceso químico-fisiológico, calculable en calorías. "Los nazis nos alimentan con vitaminas; los yanquis con calorías. Queremos comer de una vez", dicen los alemanes.

(2) Empleo los términos Vitalidad, Alma, Espíritu con la significación que tienen en el ensayo de Ortega del mismo título.

(3) Al llegar aquí no es preciso creer que se está leyendo hegelianismo camuflado. En último término, esta noción es de Aristóteles.

rendición incondicional por formaciones aéreas *en orden cerrado*, dado que la ausencia absoluta de enemigos hacía innecesaria la adopción de un orden de combate.

Dejemos ahí la enumeración, por no remover cenizas. Lo que interesa es el sentido de esos hechos, más macabros por cómo reflejan la ausencia de pathos vital que por las cifras con que han pasado a la Historia. Ley guerrera, en efecto, de todos los pueblos europeos ha sido desde la Edad Media la norma de que la finalidad de un ejército en guerra es conseguir los mayores éxitos estratégicos con el menor número de bajas propias y ajenas. Todavía hoy, en los pueblos con calidad racial, los generales de más prestigio entre sus colegas son los que más vidas consiguen ahorrar, gracias a un buen dominio del movimiento táctico o estratégico. De aquí, también, la fama de que disfrutaban los grandes logísticos en todo ejército digno (4).

Al comprobar cómo esa dignidad vital se pierde hoy, por la pedestre racionalización de las directrices sociales, es inevitable cargar gran parte de la responsabilidad a la mentalidad de los vencedores. Los hombres que miran las cosas por las dos caras, como el rapsoda de Colofón, no pueden menos de recordar que, junto a los *progrom* de judíos, los ejércitos totalitarios tienen en su historial episodios como el de la Acrópolis de Atenas, como la campaña de Francia o la de Yugoslavia. Más felices aun son los hombres que miran con los dos ojos cuando recuerdan la única ocasión de la guerra mundial en la que los dos contendientes mostraron la calidad biológica de sus pueblos. Me refiero a la guerra africana, llevada principalmente por tres hombres dispuestos a vencer, que no a matar, por tres generales de pueblos viejos, que no por carniceros automáticos y motorizados: Montgomery, Rommel y el Duque de Aosta. Los tres europeos, por feliz y esperanzadora coincidencia.

La lucha en general, incluso la deportiva, tiene, entre todos sus desastrosos inconvenientes, dos importantes efectos beneficiosos. El uno ha sido repetidamente señalado, no por algún tremendo Clausewitz, sino por el prudente britano Bertrand Russell. Me refiero al hecho de ser la guerra la válvula de escape de una necesidad constitutiva del animal; buscar un substitutivo eficaz a la guerra, sin correr el tremendo riesgo de esterilizar a la raza humana, es, como se sabe, uno de los temas centrales de la problemática políticofilosófica de Russell.

(4) Me satisface recordar que la logística moderna ha nacido en nuestro ejército, sobre todo a partir de los trabajos de Alejandro Farnesio en materia de campamento y marcha.

El otro efecto es de más sutil apreciación. Se trata de que la guerra es una gran podadora de hojarascas y cortezas superficiales. La guerra lleva al soldado a situaciones elementales. Ella plantea problemas tan limpios como el de pervivir si se llega a aquel árbol o morir si tropieza uno antes. Acaba, finalmente, por desalojar del inconsciente los móviles concretos por los que se lucha (sobre todo, los ideológicos) para colocar en su lugar, como dato inmediato de la situación, la última tierra sobre la que andamos todos, rojos o blancos, la pradera de asfodelos en la que nos recostamos cuando ya no somos ni rojos ni blancos, ni occidentales ni orientales. Hay momentos en la guerra en los que el objetivo puede ser un charco de agua, y a su hallazgo se encaminan prisioneros y vencedores en última y vital indiferenciación.

Pues bien, si llega el caso en que los contendientes sean incapaces de encontrarse en ese terreno del contacto directo, sea por haber preferido a la máquina como intermediario permanente, sea por incapacidad de abandonar el ridículo pedestal racionalista de una ideología — por profunda que sea, siempre ridícula y convencional ante cadáveres que hiedan —, sea por ambas causas a la vez, el hecho será inevitablemente sintomático, nunca meramente anecdótico. La Historia prueba ya que de las Cartas ingenuamente racionalistas nacen los generales que miden el terreno enemigo por toneladas de bombas de fósforo.

La verdad es que olvidarse de comprar un buen pedazo de arcilla es un descuido importante si uno quiere ponerse a modelar. El olvido es plenamente ridículo cuando el optimista escultor nos declara que se propone crear esa obra siempre buscada que sobrevivirá a las edades. Los políticos que planean el futuro de nuestro medio mundo descuidan completamente esa arcilla palpitante, que, según toda verosimilitud, es el hombre.

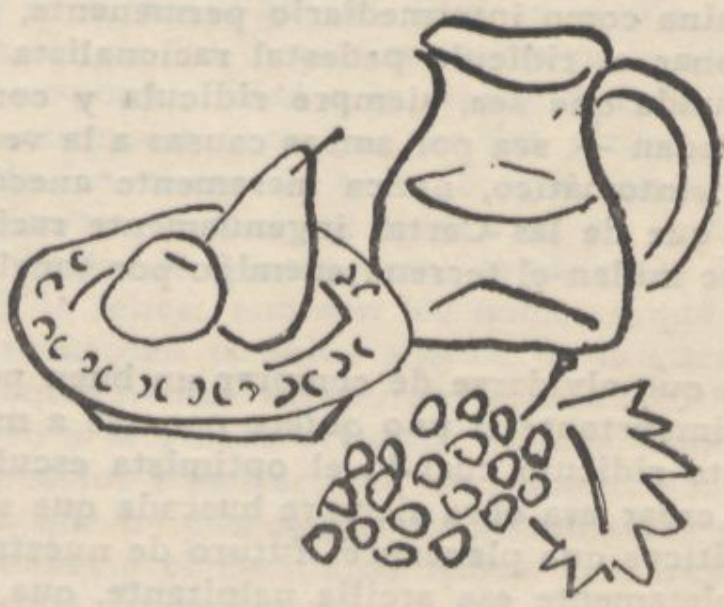
Es posible que la arcilla esté llamada a configurarse en altas creaciones. Aún más: es moralmente indudable que ese utópico fin debe presidir los actos del que rige. Pero es tan cierto como eso que antes debe conocerse a fondo la constitución del barro, y que, una vez conocida, es preciso adaptarse a ella al moldear. Mala obra de arte es la que violenta las leyes íntimas de su materia. Si esa materia es el hombre, el error se dobla de inmoralidad; triste resultado en que se funden el mal intelectual y el mal moral, y que los griegos llamaron hybris

Poca cosa, por cierto, es la arcilla. Pero menos aún el polvo seco y sin virtualidades en que la disgrega el sol del verano.

MANUEL ENTENZA

El otro efecto es de más sutil apreciación. Se trata de que la que-
rta es una gran potencia de hostilidad y control superficial. La
guerra lleva al soldado a situaciones elementales. Ella plantea pro-
blemas tan sencillos como el de permitirle al soldado beber o mo-
rir si tropieza uno antes. Resolva finalmente por desahogar del in-
consciente los móviles concretos por los que se lucha (sobre todo
los ideológicos) para colocar en su lugar como dato inmediato de la
atención, la única línea sobre la que andamos todos, rojos o blan-
cos, la gradiente de satisfacción en la que nos encontramos cuando ya no
somos ni rojos ni blancos, ni occidentales ni orientales. En momen-
tos en la guerra en los que el objetivo puede ser un charco de agua,
y a su alcance se encuentran pistolas y venenos en dosis y
vital indiferenciación.

Pues bien, el hecho es que en los casos en que los contenidos sean los que
de encontrar en ese terreno del contacto directo, sea por haber pre-
terido a la máquina, el hombre se encuentra permanentemente en un estado
de abandono, de desahogo, de un estado de un estado
que — por prof —
cabezas que
loablemente
una prueba y
los generales que
de la guerra.



La verdad es que
es un detalle
de es plan
que se propone
cabeza. Los
decanan com
rosimilitud, es el hecho.

Es posible que la
clonar. Aun
pueda ser
debe conocer
pueda ser
la que violenta
hombre, el
funden el
hidra

Poco cosa, por cierto, es la guerra. Pero mejor sin el polvo rojo
y sin virtualidades en que la guerra es el sol del verano.

MANUEL ANTENZA

LA SAL HACE LA ESPUMA

La hermosa dentadura del caballo permite esperar que a la vuelta de pocos siglos el Gran Domador obtenga la primera carcajada equina. Por eso no se puede definir al hombre como animal que ríe.

Hay que precisar más: el hombre es el animal que sonríe.

Todavía más: sólo los careados dientes del hombre que ha gustado todos los azúcares son telón digno de la sonrisa perfecta.

EL MONOLOGO DE DON ARCADIO

Don Arcadio se sentó, apoltronándose en su sillón de orejas. Vista desde una perspectiva inferior, su barriga sobresalía extrañamente ante el periódico sostenido con firmeza, casi estrujado, entre sus gruesas manos. Por encima de éste podía verse otro notable promontorio de su cuerpo: la calva.

Los calvos, es cierto, han sido siempre seres maravillosos, cuyas mayores veleidades se hallan teñidas continuamente de una graciosa respetabilidad. Espero que mis lectores hayan disfrutado alguna vez contemplando a un calvo bailar la rumba. Pero nuestro calvo era un ejemplar de especial maravilla. Don Arcadio había sido calvo desde su más tierna infancia. En la protohistoria de don Arcadio se pierden los descubrimientos arqueológicos a la edad de doce años, y ya entonces era calvo. Cuando hizo su primera comunión, el sacerdote se confundió y creyó que iba a casarse. Y por poco le une a una señorita que andaba por allí y que, sin duda, visitaba con frecuencia la iglesia por si había suplencias. Menos mal que la confusión se descubrió a tiempo.

Pero la verdadera historia de don Arcadio empezó cuando el bachillerato. Como tenía un aspecto tan respetable, los profesores creyeron que era algún gestor Administrativo o algo así, y le aprobaron rápidamente las asignaturas.

— Bueno, ya se acordará de nosotros — le decían, después de aprobarle — cuando tengamos que sacar la cartilla del tabaco.

Y el chico, que no entendía nada y al que su madre había recomendado que a los profesores les contestase a todo que sí, hacía promesas de acordarse intensamente, con lo cual aquéllos quedaban muy contentos. De este modo se encontró el muchacho, a sus dieciséis añitos, completamente calvo y con un título flamante en su bolsillo. “Este chico tiene vocación intelectual”, dijo su padre al contemplar el aspecto realmente impresionante del calvo muchacho. Y aunque don Arcadio de lo que tenía verdaderas ganas era de jugar al guá, tanto le dijeron que tenía cara de profesor de Numismática, que acabó convencido de su vocación universitaria.

En la Facultad le confundieron con el Presidente del Consejo de Ministros, que entonces — hace muchos años ya — era un señor casi tan calvo como él. Y, claro, ¿cómo no iba a aprobar el Presidente del Consejo de Ministros? Sólo diremos que terminó brillantemente los estudios de licenciatura. Era, realmente, un muchacho de porvenir. Después de obtenido el Grado de Licenciado, su aspecto venerable le hizo ser rápidamente admitido en varias instituciones de enseñanza como hombre de extraordinaria experiencia pedagógica. Y ahora, con cincuenta años y una calva que le llegaba a la rabadilla, era considerado como uno de los más importantes genios del país.

De repente, don Arcadio se levantó indignado del sillón en el que tan cómodamente se hallaba mientras nosotros esbozábamos su biografía.

— ¡Esto es un insulto al Género Humano!, bramó, blandiendo sus puños. Y, cogiendo el periódico de nuevo, lo abrió violentamente por la página que le había producido tan brusca reacción, y leyó con voz campanuda:

“Oakridge (Tennessee), 27. — Parece ser que los burros resisten mejor que nadie las explosiones atómicas. Los sabios de las instalaciones de Oakridge se han puesto al trabajo, a fin de determinar el grado de resistencia de los orejudos animales.” Al llegar a este punto, don Arcadio frunció especialmente el entrecejo, y leyó furioso la coletilla que el gacetillero, hombre de humor, había puesto a la noticia: “Si se confirman los resultados, la construcción de refugios anti-atómicos puede darse por terminada. Para lo que quede por salvar... Además, no nos vendrá mal comprobar en una explosión, aunque fuese a costa de la muerte de algunos, la estulticia de muchos.”

— ¡Ahora mismo escribo una carta al director! — exclamó don Arcadio, que también era muy original, después de un momento de titubeo —. ¿Cómo se atreverá este... iluso chupatintas (porque no es más que eso, un chupatintas sin título académico alguno) a llamarnos a todos burros? Los hombres sin ilustración se creen que todos somos de su condición.

Y onrió, satisfecho de su pareado final. Se le ocurrió repentinamente que, además de todos sus títulos, no hubiese sido mal poeta de haberse dedicado a ello. Y, cogiendo la estilográfica, se dispuso a escribir. Pero en aquel momento, una vocecilla detuvo su pluma. Era un tenue cosquilleo intestinal, que muy pocas veces en su vida le había molestado. Quizá un buen asceta le hubiese llamado conciencia, pero él no lo creía así. Don Arcadio no localizaba al Angel de su Guarda en tan bajas regiones. Por el contrario, identificaba a su conciencia con aquella voz altisonante y retórica que, ondeando alrededor de su cabeza, le dictaba sus discursos académicos, sus grandes sentencias morales, sus actitudes majestuosas. Pero esta voz le decía simplemente:

— “Por algo te darás por aludido, amigo.”

Don Arcadio, al levantar su pluma, dijo en voz alta, como si contestase a su vocecilla interior:

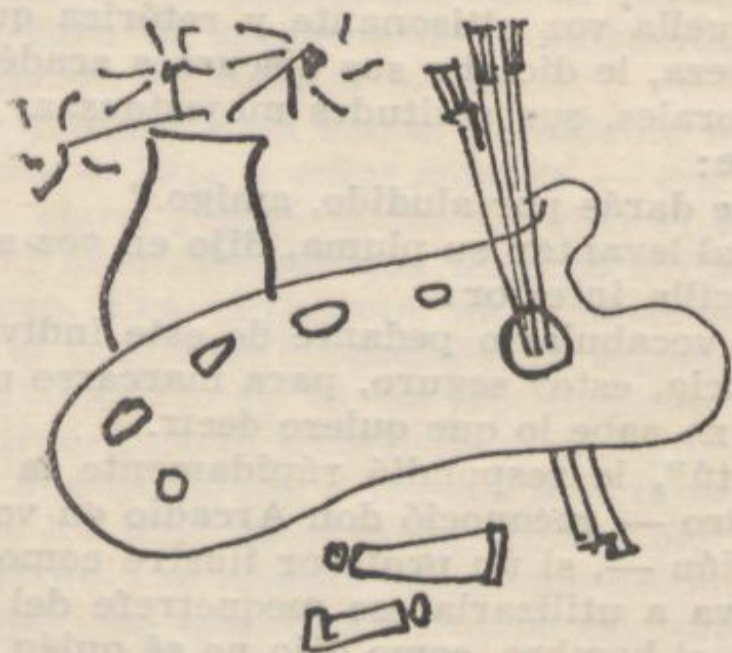
— Además, el vocabulario pedante de este individuo es inaguantable. Dice estulticia, estoy seguro, para marcarse un farol. Pero no hay duda de que no sabe lo que quiere decir.

— “Tampoco tú”, le respondió rápidamente la chillona voz.

— Porque, claro — reconoció don Arcadio en voz alta, para acallar la interpelación —, si un profesor ilustre como yo la desconoce, no veo por qué va a utilizarla ese mequetrefe del artículo. Es evidente que, siendo el hombre, como dijo no sé quién, medida de todas las cosas, todo lo que yo no sepa es pedantería en boca de otro.

La voz calló, no sabemos por qué. Quizá por cansancio. Y, libre de ella, don Arcadio escribió una larga carta al director, llena de frases preciosas, tales como: “Los altos intereses de la Sociedad”, “la Humanidad, como portadora de la Cultura”, “el lento, pero seguro Progreso de los pueblos”. Y otras muchas, repetidas por él cientos de veces y que constituían la base de su doctrina.

POCHOLO



BOCHERO

3.

UN MES DE BARCELONA

(Junio de 1951)

NUESTRA pequeña bola ha dado ya tantas vueltas que todos somos—es bien sabido—víctimas de un mareo hereditario. Con algunas dificultades nos soportamos generalmente unos a otros esa enfermedad endémica y constitutiva, que tal vez ignoramos. Pero a menudo, cuando al testarudo girar del planeta se suman el tronar de los tranvías, las historias de precios y salarios, odios, amores, el chirrido de los frenos y el cuá-cuá entre amenazador y benévolo de esos patos sintéticos que son las bocinas, entonces sobre el absceso constitutivo adquirido al nacer crecen sarpullidos menos graves, pero más molestos y visibles: el hombre (¡por si fuera poco ser hombre!) se vuelve encima neurótico en tales circunstancias.

Hay una ciencia relativamente joven que se dedica con sencilla modestia a curar esa suerte de sarpullidos, junto con algunos granitos de mayor cuidado, que se llaman psicosis. A veces—aquí de Jung y de los nuevos antropólogos como Binswanger—la psiquiatría se agarra a los puntitos de la piel y se pone a escarbar hasta el central absceso llamado alma. Pero generalmente se atiene con ejemplar mesura a una estricta dermatoterapia del espíritu. Tarea que, pese a su limitación, es (contrariamente al cosmos del gran hombre de la pelambreira) limitada, pero infinita. Tan deteriorada está la piel de nuestras almas.

Un grupo de psiquiatras barceloneses ha emprendido la importante labor de divulgar entre nuestro público los conceptos fundamentales de una profilaxis mental. Lo primero que hay que agradecerles es la modestia con que arriman el hombro a una tarea tan ruda como poco brillante. Tal vez por su próximo origen medio mítico—inefables estampas de Messmer y Charcot—la psiquiatría ha sabido preservar casi siempre a sus cultivadores de esa frialdad inhumana que frecuentemente hace presa en otros especialistas de la medicina. Y eso que los psiquiatras diseccionan como el que más. Y aún viviseccionan más que nadie. Sin embargo, su bisturí se sabe de la misma sustancia que cortá.

El hecho es que sólo un sentido humano muy apreciable puede inducir a unos especialistas a realizar campañas como esta de la «Semana de Higiene Mental», en la que poco les iba como profesionales y mucho como miembros de una sociedad cuyo nivel sanitario mental debe ser elevado. Importa, pues, honrar como se merece esa acción que, abandonando la rigurosa asepsia intelectual de la docencia, el ensayo o la clínica, se lanza a la cochambrosa calle, dispuesta a dejar de lado el tiquismiquis científico en aras de un deber voluntariamente aceptado.

Hay empuje organizador en la «Semana de Higiene Mental». Ella ha reunido, en primer lugar, los nombres habituales en nuestros medios psiquiátricos: la doctora Corominas, los doctores Sarró, Vidal Teixidor, Subirana, Folch Camarasa, Moragas, Maza, Irazoqui, Simarro, Obiols, Ferrer-Hombravella, Grañén, Caral, Parellada, Pigem, Granados, Montserrat, Sastre, Sales, La Cruz, Torras, Vila, Portabella, Miret, Sánchez de Borja, Farré, Otaola, Pedrosa, Abella, Martí, Pelach, Saumench, Juncosa, Bea, Torra, Solé, Guarch, Pons, Koca y el doctor Córdoba, tan jugoso y sereno como siempre. La desmesurada lista transcrita permite al lector juzgar por sí mismo acerca de la importante labor armonizadora de personalidades llevada a cabo por los organizadores.

Los cuales, además, y esto redondea su gestión, sumaron a la empresa prestigiosos nombres de Valencia y de Madrid y a los doctores Pedro Font Puig—que añadió en su actuación un valioso episodio más a su tenaz campaña contra la fatiga mental—, Ramón Roquer y Octavio Pérez Vitoria. Las intervenciones de esos catedráticos de Filosofía y Derecho en la Semana de Higiene Mental son la garantía de que las actividades psiquiátricas tienen un hogar asegurado en el humanismo barcelonés. Colaboración indudablemente fecunda.

Como no podía menos de ser, el público respondió cumplidamente a la calidad del empeño, y aún con un entusiasmo que honra a la ciudad. Aunque seamos poco amigos de cifras, es preciso dejar constancia de que Barcelona asimiló tres conferencias el día inaugural, catorce al día siguiente, otras catorce el tercer día, dos el cuarto, más el gran acto de divulgación del Palacio de la Música, diez conferencias el quinto día, diez más el sexto y el acto de clausura del séptimo y último día. Son, pues, cincuenta y una conferencias y dos actos bastante densos. La ciudad acudió, además, esos días a las habituales conferencias sobre otros temas. Las cifras honran, pues, insistamos, a los organizadores y al público. Y son suficiente augurio para desear con fundada esperanza a la «Semana de Higiene Mental» las más ambiciosas y amplias consecuencias, desde su repetición sistemática hasta las muchas concreciones en que puede sedimentarse: en una entrevista que nos concedió amablemente, el Dr. Vidal Teixidor, pese a lo comedido de su lenguaje, no rehusó aludir, hablando de esta Semana, a los grandes problemas científicos y sociales que tiene planteados la psiquiatría. LAYE desea a todos los que han participado en esta gran campaña que su esfuerzo sea todo lo fecundo que merecen la limpieza profesional y el desinterés con que lo han realizado.

* * *

Está visto que preside a este mes el signo de la psicología. Más concretamente, el signo de la psicología de las masas. ¿Cómo ignorar, en efecto, ese complejo, delicado hecho social que ha sido, durante buena parte del mes de junio, el Pabellón de los Deportes?

Realmente, sólo porque el Pabellón se llama «de los deportes» cae uno en la cuenta de que aquella permanente brama, aquel inolvidable rugido tenía como pretexto un deporte: el hockey sobre patines.

Como pretexto, bueno; pero como causa, ni por pienso. Deporte es término que, dejando aparte la cuestión de su origen, hemos recibido de Inglaterra. Nos llegó nimbado de fría aristocracia y tranquilo «fair-play». Lo que se desarrolló en el Pabellón de los Deportes tuvo mucho más de «ágon» en serio que de «sport». No por el modo de comportarse los deportistas que contendieron, sino por el clima que creó la raza—no se ha escapado el término—de los espectadores.

Aquello, en efecto, fué un auténtico drama racial. No ya nacional, sino más elementalmente primigenio: racial. Sólo así se explica la extraordinaria sensibilidad histórica de aquellas masas. Porque un curso de Historia pudo realmente seguirse en los graderíos

del Pabellón. Y aun la historia... La Historia sola basta para explicar la simpatía de aquellos diez mil españoles por Irlanda en su partido contra Inglaterra. Pero la Historia reclama auxilio de la Etnología para dar razón del mismo «filoirlandesismo» en partidos como Irlanda-Dinamarca, o Irlanda-Bélgica. Para entender esto hay que recordar que por debajo del español está el celtíbero, el celtíbero que iba a buscar estaño por allá arriba. Ustedes perdonarán que se bromea con tan seria señora como la Etnología. Sobre todo si asistieron a la memorable olimpiada sobre ruedas. Porque después de la experiencia del hockey sobre patines(!) puede apostarse cualquier cosa a que un equipo nacional bretón habría sido jaleado con grandes carracas de estaño al grito de «¡Oestrimnis, ra, ra, ra!» Y eso hasta por el más analfabeto de los espectadores. Aquello era cuestión de olfato de raza.

De nuevo viene la historia a aclararnos la furia germanófila del respetable, que triunfaba en San Quintín cada vez que los cinco Otto rubios marcaban un tanto y sucumbía en Estalingrado a cada gol en la red alemana.

Para mejor exhibir su desnudo racial—de nuevo la Etnología—los celtíberos del mediterráneo no perdieron ocasión de silbar a sus hermanos atlánticos. Algún lector deportista pensará tal vez que se silbaba a Portugal porque podía muy bien llevarse el campeonato. ¡Hombre de poca fe en la Etnología! Se silbaba a Portugal por vicio de raza, por tribalismo.

Si cambiamos el telescopio histórico por el microscopio psicológico beneficiamos una lección no menos provechosa. A través del aparato descubrimos a un público altamente ineducado que patea al artista que retrasa el drama: mala educación y patetismo natural. Ellos quieren temblar; no les haga usted cosquillas, mujer, bailando el vals-serenata de Tchaikowsky. Le pitarán a usted aunque sea campeona del mundo de patinaje artístico. Ellos no han venido a ver un espectáculo, sino a participar en un drama.

Nuevo cambio de instrumento: para hacer sociología bastan los ojos. Y aun sobran. Porque, en efecto, entornando los párpados es como mejor se apreciaba la distribución del entusiasmo racial en los graderíos del Pabellón. El sentimiento en cuestión era especialmente encendido en las localidades baratas y en las más caras; sólo comedido, muy comedido, en los asientos de precios medios. Con una nota más definitiva: que las reacciones de subconsciente colectivo—aquellos amores y odios impresionantes—casi no se dieron en esas localidades medias.

Saquen ustedes las conclusiones, porque el cronista ha dogmatizado ya más de la cuenta.

* * *

Es lamentable no poder reseñar una Semana de Higiene Moral Universitaria. Porque Junio ha probado cumplidamente la necesidad de una tal semana.

Asustan y ruborizan las anécdotas recogidas durante esos treinta días de exámenes. Asustan, porque no está el mundo para poder hacerle frente desde la Casa de la Troya.

No es cuestión de desgranar tan lamentable rosario. Pero sí de dar fe del insalubre estado en que se encuentra un importante miembro de nuestro cuerpo social. Los hechos indican una peligrosa pérdida de dignidad en los estudiantes de algunas Facultades y prueban también que los examinadores no consiguen sobreponerse al ambiente.

Se ha dicho que los pueblos tienen los gobiernos que merecen. Es claro, pero lo menos, que un número de estudiantes no tan reducido como todos desearíamos prueba todos los años—y precisamente en junio—que los pueblos tienen los tribunales de exámenes que merecen.

MANUEL SACRISTAN LUZON

UNA CONFERENCIA DE LUYS SANTA MARINA

Hay un tipo de vidente que sólo a partir del descubrimiento de la conciencia histórica ha podido empezar a ser valorado. Es el vidente hacia atrás. El que en vez de profetizar recrea para los demás hombres, no ya hechos pasados, sino el indefinible calor y el tenue color de aquellos pretéritos sucesos. Están estos hombres misteriosamente sensibilizados para resucitar las cosas desde dentro y aún desde los aparentemente más anodinos rincones de cada horizonte histórico. Ellos movilizan el detalle menos relevante de un cronicón para dar razón de las líneas generales de los acontecimientos externos. Su método

es el inverso del historiador de clásica escuela. Porque, en realidad, desde que se acabó la epopeya, el narrador es lo más opuesto que hay al poeta. Y mientras el historiador de escuela es un narrador, estos raros sabuesos a los que me estoy refiriendo son, en su constante husmear histórico, auténticos poetas.

Luys Santa Marina es típico representante de esta historia hiperestésica, de esta historia para poetas. Tan típico, que su influencia — cosa inverosímil, si es cierto lo que venimos diciendo — ha creado escuela. Pese a todas las diferencias personales y de estilo, hay una indudable unidad de método de evocación, de método de escuela entre el “Cisneros”, por ejemplo, y determinados escritos de Manuel Vela Jiménez y hasta del “Spínola” de García Rodríguez. Con más detalle del que lo he estudiado debería verse la relación que tengan con esta “escuela” los primeros pinitos históricos de García Serrano.

Dejando los libros en sus estantes, vengamos ya a decir que en su conferencia sobre la Reina Ysabel, Luys Santa Marina fué fiel a ese su sentido de la historia. Supo dejar flotar en el ambiente el pelo negro — precisamente negro, aunque tenía los ojos claros — del príncipe Fernando de Aragón. En vez de perderse en consideraciones siglo XX — o siglo XIX, que es lo sólito en nuestras historias —. Santa Marina supo decirnos el entusiasmo por la Reina con palabras de los segovianos de las años 1470: “¡Brava hembra!” Y a la hora de dar vueltas al triste molino de nuestras eternas contiendas civiles, supo substituir el obligado treno por la sencilla y vieja reflexión: “No hay más Castilla; si no, más guerra habría.”

Para cerrar su conferencia citó el conocido deseo de la Reina acerca de los indios: “que no reciban agravio alguno en sus personas o bienes y que sean bien y justamente tratados.”

Tal vez fuera necesario — útil, por lo menos, lo sería sin duda — que la sensibilidad histórica de este tipo aélico se decidiera a trabajar en el campo del hispanoamericanismo, del que sería su misión desalojar a la retórica un tanto contraproducente que lo ocupa. Pero quede esta observación como involuntario apéndice a nuestra reseña de la conferencia de Luys Santa Marina.

M. S.

EXPOSICION DE RAFOLS CASAMADA

Los teóricos del arte alemanes, y Wölfflin en particular, nos han enseñado a individualizar a un pintor o una época pictórica, en primera aproximación, por el surtido de medios de expresión (o sea, de constituyentes formales del cuadro) de que dispone y posee un conocimiento operante; pero, más decisivamente todavía, por su modo de organizarlos en sistema, imponiéndoles una jerarquía y una disciplina. No puede cabernos duda de que semejante método de investigación ha de conducirnos, en efecto, a plantear las cuestiones últimas acerca de la pintura, si reflexionamos que el pintor nos dice el sentido de su obra, empleando para su comunicación algo que (a diferencia del instrumento del literato) no es ya un lenguaje: líneas, manchas de color, claridades y sombras. Lo sabríamos casi todo acerca del ser enigmático que es el pintor, si lográramos describir cómo convierte en órgano de expresión a tan inerte materia. El pensamiento del pintor, su "pensamiento pintado" (Alain), consiste sólo en la organización de los elementos formales que componen el lienzo. El pintor no inventa, ordena. "Todo es composición", decía Bonnard.

La tarea del pintor no es fácil. Sus medios expresivos se resisten tenazmente a despojarse del "instinto de fango" que corresponde a su naturaleza, y a dejar de ser muerta materia. Y luego, súbitamente, se cargan de una indomable energía totalizadora. Cada uno de ellos, por sí solo, es apto para engendrar un organismo formal tenso y complejo hasta aparecérsenos co-

mo adecuada representación del gran animal cósmico: el grácil arabesco de Cranach o de Matisse basta para expresarnos la espesa tactilidad del mundo, y los rudos volúmenes de Rembrandt o de Nonell se afinan hasta sugerirnos aéreos ritmos visuales. Egoísta señor, cada medio formal se vale de su aptitud expresiva, "infinita" en sentido hegeliano, para negarse a convivir con sus pares; por ignorarlo, se ahoga la pintura académica en su cobarde anarquía. Y al revés, el pintor que quiere precisar delicadamente el sentido de su obra, no se resigna a entregarse, aprendiz de brujo, a la magia de un principio formal exclusivo. Eso hicieron, sin embargo, casi todos los clásicos de la pintura europea. Ante aquella rebelión de los elementos formales, procedieron con arrojada parcialidad: dieron a uno solo de ellos la presidencia de sus obras, relegando a los demás al papel de servidores, apenas presentes en el cuadro para que refuercen con su débil contraste la cruda presencia del elemento dominante: arabesco descriptivo de los góticos, composición geométrica en el quinientos, *claroscuro barroco*. Ahogando toda inquietud, los pintores clásicos llevaron a cabo un constante sacrificio de posibilidades; de "brutos sublimes" les califica André Lhote. Es fácil comprender por qué tan cerrado exclusivismo ha sido recompensado con tan magníficos éxitos expresivos. La naturaleza no es más que un mito, que los europeos hemos heredado de algunos viejos misteriosos jonios. En la viva raíz de nuestra adhesión a este mito, se encuentra la entusiasmada

creencia en una unitaria y fértil energía. *An Anfang war die Tat*. Para sugerir su ímpetu, y provocar en nosotros el dionisiaco mimetismo, nada mejor que aquella clásica cerrazón formal, impuesta con arrebatado gesto creador. La trivial observación de que la naturaleza imita al arte, significa sencillamente que los grandes artistas han efectuado sucesivas reinvenções del mito de la naturaleza, que se han ido suplantando unas a otras en la conciencia de las gentes.

El pintor actual (ser irónico, alusivo y elusivo) ha renunciado a tan arrogantes empeños. No hay en el cuadro moderno naturaleza, y no se trata de que al pintor le disguste copiarla. No la había en el lienzo clásico porque allí se la reproduciera, sino porque se la inventaba. Lo que buscamos en vano en el cuadro moderno, es aquel simple gesto clásico de imposición mítica; y la naturaleza no consigue imitar el arte de nuestro tiempo. No le seduce al pintor de hoy ostentar su ímpetu creador, como el niño los atributos de su virilidad. Su "passione predominante" es describir con precisión la lenta o precipitada crecida de su voluntad expresiva, sus remansos y ondulaciones, el complicado serpenteo de su alma, atraída por mil tentaciones formales. No doblegará nuestra servil imaginación naturalista, pero hallará medio de compensar con creces su renuncia a la vieja genialidad.

La exposición que Ráfols Casamada celebró en la "Sala Busquets" de nuestra ciudad, entre el 21 de abril y el 4 de mayo últimos, manifestó a todo visitante despierto la inequívoca presencia de un talento pictórico decidido y profundo. Pero su importancia eminente, me parece consistir en que

nos situaba de golpe in medias res, en plena dramática acción del pintor actual, consagrado a establecer en su arte un nuevo régimen de expresión.

Lo que primero se nos hacía evidente, al penetrar en las salas donde se mostraban los cuadros de Ráfols Casamada, es que aquella exposición se justificaba como tal. Quiero decir que no se trataba de una acumulación de cuadros, cada uno de los cuales manifestara, por sí solo, su acabado sentido. El complejo propósito expresivo del pintor no se volcaba íntegro sobre cada una de las telas; era el conjunto de todas ellas que había de iluminarlo. El contemplador debía, al principio, circular pasivamente por entre aquellos muros asaetadores de su sensibilidad, antes de recobrase para el análisis que individualizara a cada lienzo.

No era eso debido a desconcierto o falta de premeditación del pintor. Muy al contrario, veíamos cómo los medios expresivos empleados en un determinado cuadro, eran siempre depurados y exacerbados hasta hacerles rendir su máximo poder. Pero aquellos medios, extendiéndose por el conjunto de la exposición, no eran unívocos, no eran depositarios de una concreta alusión naturalista, que el contemplador pudiera dar por descifrada de una vez para siempre. Estudiemos un par de ejemplos. En varios de los cuadros de Ráfols, veíamos un "grafismo", un ramaje lineal ostentadamente puesto en evidencia. Ahora bien, en una obra como "Parque Monceau", aquella red de líneas operaba en superficie, a la manera de Dufy, y servía para animar, decorativa y descriptivamente, el verde, color casi único del cuadro. En "Casas y árboles" al contrario, las grandes sinuosidades

que cruzaban la tela, le servían al pintor para organizar su representación en profundidad, rechazando hacia el fondo el vasto plano de las fachadas, y reemplazando en cierto modo el claroscuro ausente, y en aquel caso, prohibido por el uso del color que se hacía en el lienzo. Otro procedimiento frecuente en la obra de Ráfols, es el de componer cromáticamente el cuadro sobre la base de dos únicos colores, aplicados en vastas playas. Dos obras que exhibían este sistema, eran "El pintor J. M. de Martín" y (no tan rígidamente) "Jardín des Plantes". En la primera, un retrato, la figura estaba pintada en claroscuro, sobre un gris apenas teñido de un rosa violáceo; y el fondo era cruelmente amarillo; este brutal dualismo cromático introducía en el cuadro una segunda tensión, que animaba la gradación claroscuro, y podríamos decir que la ironizaba. En el segundo de los cuadros mencionados, el contraste verde-carmin establecía una perspectiva cromática, que daba flexibilidad al esquemático dibujo. Estos ejemplos bastan para mostrar la lucidez con que Ráfols persigue uno de los fines más característicos de la pintura de nuestro tiempo: evitar que la naturaleza, la vaga naturaleza, que todo lo admite y a todo se amolda, se vea imponer un sistema de esquemas formales, al que pueda ser vertida sin equívocos, al modo como los autores de diccionarios pretenden hacernos creer que una lengua puede ser vertida en otra. Los elementos representativos de un cuadro moderno no deben poder ser reconocidos; el contemplador, y mucho

más el pintor, deben estar siempre despiertos, abiertos a la admisión de una nueva economía expresiva, que haya de surgir del choque y del acorde entre la más inmediata sensación y la más previsora conciencia.

Y no se diga que este es un empeño negativo, que tanta represión de la espontaneidad es deshumanizadora. La exposición de Ráfols nos muestra cómo nace en el pintor una nueva espontaneidad, más intensa y más precisa. Una vez hemos aprendido, comparando unos cuadros con otros, a evitar que nuestra sensibilidad se petrifique, y que la comprensión de uno de los pequeños orbes expresivos creados por el pintor nos incapacite para penetrar en los demás, podemos abandonarnos al vivaz encanto de cada una de las telas. Sabemos ahora que la naturaleza que allí se nos ofrece es sólo posible, pero nuestro irónico saber no nos estorba para someternos al imperio de aquellas agudas leyes formales. Por un instante, se nos hace verdad el mundo de líquidos grises de "Puerto", nos amoldamos a la ruda estructura lineal de "Balcón", donde hasta las nubes son puro dibujo, o penetramos en la estancia, ordenada por las facetas del cristal del aire, de "Bodegón". No se trata ya de la verdad naturalista clásica. Nuestra nueva verdad pictórica se rige por leyes de más alto rango ideal, y a la vez ciñe con mayor adecuación el relieve de nuestro complicado, discontinuo, humilde y sobremanera importante paisaje vital.

G. F.

EL OCASO DE HOLLYWOOD

Va resultando ciertamente un tórido hablar de la decadencia del cine americano. Sin embargo, aunque tópico, por la frecuencia con que se alude al hecho, resulta poco menos que inédito su examen. En nuestra atmósfera, donde tan pocos se preocupan de algo, una cinta de Gary Cooper sirve para desatar aún una oleada de tinta en gacetillas, pero escasas gotas para analizar el hecho de que — a pesar de todos los pesares, léase propagandas — el público deja de acudir a los pocos días a su proyección.

Hemos citado a Gary Cooper al azar, como símbolo de ese cine americano en trance de agonía. Con mayor razón hubiéramos podido escribir los nombres de Bárbara Stanwyck o Van Heflin, intérpretes de una de las más desgraciadas cintas de actual proyección salidas del Hollywood de nuestros días (1).

Pero igual da este nombre o aquél, uno u otro realizador, porque mentar a Hollywood, basta. El cinematográfico suburbio de Los Angeles engloba en sí la lenta, pero inexorable decadencia del cine americano. Precisamente en el reciente festival fílmico celebrado en Cannes se puso de manifiesto este desnivel de la cinematografía más poderosa — materialmente hablando, claro está — del mundo en relación con la de otros países o, para hablar más claro, con la europea. Las dos obras presentadas, "Sunset Boulevard", la primera, y "All about Eve", la segunda, no fueron más que muestras de un cine añejo, desplazado del tiempo presente, incapaz de salirse de unos moldes prefabricados en las grandes fábricas californianas. "En dépit

(1) "East side-West side" de Mervyn Le Roy. Se proyecta en España con el título de "Mundos opuestos".

des talents et ailleurs des seductions", ha dicho Michel Braspart en "La Table Ronde" de este mes de junio, "de Gloria Swanson et de Bette Davis (sus respectivas intérpretes) sentent le cadavre, la mort, cette odeur de temps qui passe et de temps corrompu".

Si bien desdeñable desde el estricto punto de vista cinematográfico, "Sunset Boulevard" (2) tiene el enorme valor de ser precisamente el símbolo, con seguridad involuntario, de esta decadencia. Su título es el nombre de una de las principales arterias de la ciudad de Los Angeles, si es que puede llamarse en rigor ciudad a esa especie de inmensa exposición universal, donde lo provisional va reduciéndose a polvo, sin dejar, empero, de subsistir. En "Sunset Boulevard" se yerguen aún los babilónicos palacios erigidos durante el torrente de oro de los años 20. En uno de ellos, oasis precario del tiempo pasado, una vieja gloria se mustia: Norma Desmond, famosa actriz otrora, que se resiste a dejarse desplazar, que sigue añorando una resurrección del Hollywood fastuoso de Douglas Fairbanks, padre, de Clara Bow, de Valentino. La intención de los realizadores no pasa, sin duda, de componer una anécdota sobre la proustiana búsqueda del tiempo perdido por parte de una derribada divinidad local. Pero la iconoclastia puede resultar en ocasiones peligrosa y, en realidad, todo el olimpo hollywoodense es el que se ha venido abajo con la cinta.

El conflicto de la "estrella" que envejece, aferrándose violentamente al pasado y rechazando con obstinación maniaca el presente, hasta que el amor ilumina con claridad cegadora la tris-

(2) "Sunset Boulevard" de Billy Wilder.

te realidad, es en sí poco original. Sin ir más lejos, el film francés "Fin de jornada" reflejó en patéticas imágenes el drama de los que no saben envejecer. Pero lo que otorga a "Sunset Boulevard" sentido más profundo es su ambiente: el propio Hollywood. Este Hollywood que, con su arquitectura pretenciosa y de mal gusto, con su teatro chino, donde "astros" y "estrellas" imprimen en ensorbecido fetichismo la huella de sus pies sobre el húmedo cemento, con su Egyptian Theatre, se ha alejado ya por completo de la realidad del mundo presente.

No vamos a hablar ya del opio de exportación que las salas de espectáculos expenden a granel; la gravedad del mal se revela precisamente en la impotencia de las mejores intenciones. Las manos de Hollywood son incapaces de aprenender la realidad, porque, como de un nuevo rey Midas, transforman en oro todo lo que tocan.

Preston Sturges, uno de los más inteligentes directores americanos, es el único que se ha atrevido hasta ahora a fundamentar el tema de una obra en esta maldición. En una cinta audaz (3) describe los esfuerzos de un realizador, que, bruscamente tocado de escrúpulos, quiere evadirse del universo artificial que le rodea y descubrir la realidad del mundo. Sus anhelos son vanos, porque el mundo se metamorfosea a su alrededor por obra y gracia del productor, que viendo en el proyecto copiosa materia de publicidad, le persigue con una nube de fotógrafos, reporteros, gacetilleros, etc. Es el sino de Hollywood.

Buena prueba de ello lo tenemos también en la racha de films pseudo-documentales con que los estudios californianos nos han agobiado estos últimos años. De un lado, documental sobre cualquier hecho o aspecto (4),

(3) "Sullivan's Travels".

(4) Resultaría enojoso hacer enume-

de otro, una intriga policiaca, semejante a otras tantas mil. Si se aspiraba a remediar la espantosa artificialidad del cine americano, inspirándose en las constantes del realismo italiano el error ha sido fatal. Sólo lo accesorio podía trasladarse allende el Atlántico; lo esencial, empero, seguiría siendo inimitable. ¿Por qué? Porque lo esencial eran precisamente las circunstancias que llevaron una vida misera y cruel hasta las cámaras, que empujaron a los realizadores, tocados de un nuevo sentido de la responsabilidad, a la calle. Una vez en ella, no tardarían en comprender que era indispensable, para dar ilusión de realidad, el anonimato de los actores. Y aquí tropezamos con otro de los grandes defectos de Hollywood: el "vedettismo"

Basta recordar aquel "Nido de viboras", rodado con escrupuloso celo y preocupación por la veracidad. Pese a todos los esfuerzos, nadie pudo evitar, empero, que el espectador reconociera en la perturbada mental a Olivia de Havilland, para quien se había condimentado una esquizofrenia especial, dulce, respetuosa con el maquillaje y el peinado. En breves palabras, una locura fotogénica.

"Vedettismo", técnica impecable, presupuestos ilimitados, medios incomparables; todo el patrimonio del inmenso Hollywood no puede evitar su decadencia. Es una impotencia manifiesta por concordar su ritmo con el de los tiempos nuevos, igual que la incapacidad que Norma Desmond — la vieja "vedette" de "Sunset Boulevard" — consume entre los marchitos faustos de su villa.

J. R.

ración de todas las cintas de esta modalidad que se han proyectado últimamente. Desde "El Justiciero" a "Brigada Suicida", pasando por "La ciudad desnuda", hay muchos—demasiados—títulos.

ESPAÑA EN DOS LIBROS

Existe en la recentísima historia española una tremenda coyuntura cuya vivencia sigue y seguirá informando durante mucho tiempo la conformación de la realidad nacional. Esta coyuntura tremenda, este hecho insoslayable es nada menos que la guerra civil.

Resulta lógico, empero, que por distintas causas, sobre las que acaso destaquen imperativos puramente cronológicos, los nacidos dentro de la segunda década del siglo, es decir, quienes en 1939 no habíamos alcanzado la veintena, consideremos la guerra civil de una manera distinta que los que tomaron parte activa en ella. Esta diversidad en el punto de vista, esta diferenciación en la perspectiva—el objeto de examen sigue siendo el mismo—no implica forzosamente una deformación, sino que es consecuencia simple de dos modos distintos de mirar.

En el ensayo sobre el punto de vista en las artes, Ortega define con nitidez los conceptos de *visión próxima* y *visión lejana*. En la primera, "el campo visual adopta una peculiar estructura. En el centro se halla el objeto favorecido, fijado por nuestra mirada..." Todo lo demás "se presenta borroso, apenas reconocible, sin forma acusada..." La segunda, en cambio, nos libra de esta jerarquización: "todo se presenta sumergido en una democracia óptica. A la dualidad de la visión próxima ha sucedido una perfecta unidad en el campo visual".

Estas precisiones puramente artísticas pueden aplicarse con toda propiedad a nuestro caso. Para la generación que en 1936 tomó las armas, la guerra, los tres años de lucha en el campo de batalla es el "objeto favorecido por su mirada. Para las presen-

tes—sucesoras en el tiempo—la perspectiva es más amplia, más abierta. La jerarquización de "todo lo demás" al primer plano de la pugna bélica—inevitable en los hombres del 36—ha dejado paso a "la perfecta unidad en todo el campo visual" que nos permite abarcar con menor rigor óptico el panorama de la guerra civil.

Acaso no haya existido para las actuales generaciones período más desconocido de la historia de España que el que media entre los años 1936-39. La hoguera de la guerra, con su resplandor vivísimo, apagaba la realidad circundante. Eran conocidos, eso sí, los mil detalles bélicos; se sabían de memoria nombres tan retorcidos de la toponimia nacional como Brihuela o Brunete, como Belchite o Bujaraloz. Pero nada más. Fuera de estas realidades superficiales, poco más hubiera podido responder el perteneciente a las juveniles promociones si un imaginario interlocutor les hubiera interrogado. A sus preguntas sobre la historia española de 1936-39, las únicas contestaciones hubieran podido centrarse en más o menos brillantes cuadros bélicos.

Poco a poco se ha ido desvelando esta oscuridad. Unos cuantos libros—pocos—han aparecido (1) tratando del tema y las generaciones, venidas al mundo en los años veinte, maduras con cierta premura y con algunas primerizas decepciones en su bagaje, han podido bucear curiosamente en un período agitado y turbio, con esa

(1) Pueden reducirse a cuatro: "Entre Hendaia y Gibraltar", de Serrano Suñer, los dos que nos ocupan—el de Ciano bastante superficialmente como ya veremos—y "Los catalanes en la guerra de España", de José María Fontana, libro que merece un extensísimo comentario. Nos referimos, claro está, a los que han visto luz en España únicamente.

falta de claridad propia de los ciclos creadores.

A la escasísima bibliografía que existe en nuestra Patria sobre uno de los períodos más decisivos de su historia, han venido a añadirse actualmente dos obras más, ambas traducidas del italiano. Sus autores son Galeazzo Ciano, ministro de Asuntos Exteriores de Mussolini, muerto de una manera trágica en la shakesperiana villa de Verona, y Roberto Cantalupo, primer embajador de la Italia fascista en la parte de España donde había triunfado el movimiento liberador (2).

Cantalupo, diplomático desde 1930, antiguo miembro nacionalista, que había sido Subsecretario de Colonias durante los años 1924 a 26, ministro de Italia en Egipto y embajador en Río de Janeiro, llegó a Salamanca en 1937, es decir, cuando la pugna española, pasada su primera explosión, se había convertido en una auténtica guerra civil.

“¡España! ¿Qué era España en aquel momento? ¿Qué significado político tenía para Europa y para el mundo?” Esta pregunta que el diplomático se hizo al serle comunicado su traslado al solar ibérico, iba a tener pronto respuesta. Por el momento, España no era más que un crisol hirviente, donde se aleaban las más diversas tendencias. *“La situación política constituía un reflejo exacto de la situación militar, no tan sólo en lo que atañía a las relaciones entre los nacionales de Franco y los socialcomunistas de Miaja, sino también entre el Generalísimo y los partidos más o menos adictos a su persona. Los cuales, viejos o nuevos, se hallaban divididos entre sí por un dilema fundamental: ¿monarquía o república? Sus posiciones ante la esencial cuestión de las formas institucionales eran muy variables.”*

(2) “Embajada en España” por Roberto Cantalupo. “Diario 1937-38” por Galeazzo Ciano. “Luis de Caralt, Editor.” Barcelona.

Situado ante el panorama político de la España nacional, Roberto Cantalupo (antiguo nacionalista y ferviente monárquico italiano traza un bosquejo de las encontradas corrientes que se debatían en aquella Salamanca del año 37. En sus oídos debían resonar aún las sorprendentes palabras con que Galeazzo Ciano, ministro de Asuntos Exteriores de la Italia fascista, empeñada en la aventura bélica de España, le había despedido: *“La España de mañana será probablemente liberal y católica si conseguimos evitar la eventualidad de que Franco, una vez entrado en Madrid, instituya un régimen totalitario.”*

“El único partido nacional que tenía una situación completamente clara”, nos dice Cantalupo en esta mesurada consideración de las fuerzas políticas de la primera España, *“era el Bloque Nacional, porque había desaparecido. El malogrado Calvo Sotelo había intentado coaligar en él a los tradicionalistas y monárquicos. Su programa era el de una renovación nacional según base corporativa, dejando pendiente la cuestión monárquica sin resolverla, conservando la esperanza de un acuerdo sobre el nombre de Juan III”.* Aunque en algunos puntos adolezca el párrafo de falta de precisión, sobre todo al calificar de partido al Bloque Nacional, que era solamente un precario acuerdo entre las minorías monárquicas del Parlamento republicano, puede aceptarse en sus términos generales. Máxime teniendo en cuenta que la línea establecida en tal circunstancia por Calvo Sotelo fué seguida por don Juan de Borbón, que en todo momento hizo incapié en hablar de Monarquía tradicional—hecho que por cierto provocó la protesta del Conde de Romanones en 1943—hasta la variación de política dictada por el oportunismo post-bélico en 1945 y ratificada en 1947, a raíz de la promulgación de la Ley Sucesoria en España.

Pero como reconoce seguidamente Cantalupo, todas estas fuerzas (Renovación Española y demás partidos y milicias integrados en el movimiento) eran menores y estaban en trance de desaparición, absorbidos por las máximas "fuerzas de la España franquista, a las que se designaba como tradicionalistas y falangistas".

"La Comución Tradicionalista no era más que el partido carlista, depositario de la tradición legitimista, de la monarquía antiparlamentaria y rígidamente católica, aunque antivaticana".

Frente a esta organización tradicionalista "que protegía abiertamente al Gobierno de Franco, se erguía precisamente entonces como adversaria rival y peligrosa, no sólo por el hecho de ser antimonárquica, sino por su base socialista, la Falange."

Esta Falange acéfala del año 37, sometida a todas las influencias y maleable a todas las presiones, es objeto del intenso examen de Cantalupo, embajador fascista y conservador a ultranza.

"Su estado de ánimo (el de la Falange) podía esquematizarse del siguiente modo: somos un movimiento de izquierda, tenemos un programa económico, agrario y social y en parte antiburgués... Nosotros debemos crear una España nueva..."

Preocupado por el auge de la Falange en la España liberada y temiendo que el interés del fascismo italiano se centrara lógicamente en un movimiento que perseguía una consecución revolucionaria pareja a la llevada a cabo por Mussolini, Cantalupo insiste una y otra vez en presentar al falangismo como un instrumento político en manos de Alemania.

"Pude darme cuenta inmediatamente de que los alemanes apoyaban, no a Franco, sino a la Falange... Alemania imponía como condición a la prosecución de su apoyo a Franco que éste antes de entrar en Madrid, pusiera en

manos de la Falange todo el poder político."

Las pugnas de aquella hora fundamental, cuyo desarrollo es por otra parte y fuera de los que las protagonizaron, poco conocido, hallan en el embajador italiano un puntilloso exégeta.

"Jefe nacional de la organización (falangista) era entonces Manuel Hedilla, obrero mecánico de Santander organizador de la Falange en el Norte. Hombre inteligente, pero de cultura modesta, poco nombrado y resueltamente republicano."

Este Hedilla era asimismo cabeza visible de los que deseaban conservar una Falange íntegra, es decir, fiel a las mismas constantes que en 1936 habían hecho de la organización la única fuerza capaz de oponerse a los avances del comunismo en la calle y, por otra parte, dada su ideología social, la convertían en el único partido capaz de atraer hacia sí una buena parte de los vencidos del otro bando. "Partido único, eso sí: la Falange. Tan sólo la Falange podrá absorber, cuando menos, a una parte de los rojos."

Este argumento último, de positiva realidad, llegaría a hacer mella en el propio Cantalupo, tan mal predispuesto, por otra parte, hacia todo lo que la Falange representara, hasta obligarle a confesar: "En todo lo que dice la Falange encierra una gran verdad, la única que debe ser tenida siempre presente en todo momento: España no puede ser dividida tosca e ingenuamente en una mitad blanca y otra mitad roja. España es una masa roja y sobre esta masa se extiende una débil y fragmentaria corteza blanca: la masa incandescente ha explotado y la corteza se ha roto. O la Falange consigue absorber y amalgamar en su propia masa a la corteza aristocrática y la pulpa explosiva, creando un inmenso partido de izquierda, pero moderado, o España permanecerá roja."

Esto, con tanta claridad expuesto, podía ser comprendido por todos, pero lo que precisamente variaban eran los métodos para imponerlo. Para los "auténticos", es decir, para aquellos que deseaban mantener íntegramente el espíritu de 1935-36, año de mayor afluencia a la Falange fundacional (sin comprender, por otra parte, que las circunstancias habían cambiado), el camino estaba en el aislamiento feroz y acaso en el retorno a la acción directa.

"La Falange se hallaba irrevocablemente decidida a no reconocer a Franco como Jefe de Estado una vez estuviese en Madrid y mejor era orientarse hacia otras directrices y facilitar el advenimiento de la República."

Para otros, a los que utilizando la terminología de Cantalupo tendremos que llamar "moderados", la gran ocasión de la Falange estribaba precisamente en su integración absoluta en el gran frente de las fuerzas que ya estaban combatiendo en el campo de batalla y que lógicamente deberían mantener su unidad al llegar la paz. Al entender de éstos, la Falange—desarticulada por una dura persecución anterior al 18 de julio y sin cuadros de mando—tenía pocas probabilidades de subsistir como partido político independiente al producirse la caída de Madrid. *"Era (la Falange) un inmenso río que iba socavando su lecho; recibía su contribución de todos los arroyos laterales y hacía resbalar su masa de agua allí donde hallaba un paso, por allí donde podía seguir un curso, donde podía abreviar su camino..."*

¿Qué obstáculos ve Cantalupo en el camino de esta unidad de fuerzas, que ya intuye al llegar a Salamanca y cuya inminencia los acontecimientos no hacen más que confirmar?

En primer lugar, el problema de la monarquía, especie de espejismo que le ofusca, presentándose constantemente en el primer plano de su visión,

cuando, en realidad, estaba lejano, muy lejano.

"José Antonio había levantado la bandera de la transformación nacional sobre bases que tenían algo de fascistas y nacionalsocialistas y que eran abiertamente republicanas..."

"Entre los falangistas había decenas de millares de republicanos y por tal razón Franco no había podido elevarles aún al primer plano político, porque hubiera podido comprometer alguno de los principios básicos que le procuraban activa solidaridad con los tradicionalistas."

Ateniéndonos a las palabras de Cantalupo, el abismo básico abierto entre las dos fuerzas más importantes de la España nacional estribaba precisamente en la presencia inmediata de un rey en el Palacio de Oriente, apenas las primeras avanzadillas se hubieran afianzado en la capital de España. Lo cierto, empero, es que ni la Falange—como el propio embajador tiene que conceder posteriormente—era tan irreductiblemente republicana, ni las fuerzas del tradicionalismo tan obstinadamente monárquicas.

Por parte de estas últimas, más de un siglo de fidelidad a una rama dinástica exilada y, sobre todo, la identificación a partir de los primeros años de la nueva centuria con sectores tradicionalmente católicos, pero algo alejados de la espinosa cuestión de la legitimidad, habían debilitado algo su sentimiento

Al hacerse cargo Don Jaime de Borbón de la jefatura tradicionalista, esta apatía monárquica se acentuó. El problema de su casamiento vino a agravar tal desvío, que se puso de manifiesto al defender en 1914 D. Salvador Minguijón—con el apoyo de un importante sector de prensa, entre el que se contaba "El Correo Catalán", de Barcelona—la aproximación a Maura y por ende a la dinastía reinante. De aquella época es también la sugerencia—presentada en una asamblea tra-

«diconalista—de que Don Jaime renunciara a sus derechos y regresara a España para constituirse en jefe de su partido. Es decir, la negación de la legitimidad carismática que hasta aquel instante había sido el más firme puntal de la ideología tradicionalista.

Al advenimiento, en 1931, de la República, la posición fué de apoyo al régimen. El 16 de abril de 1931, el órgano catalán del tradicionalismo decía textualmente: “Una república dirigida per gent assenyada i dotada de bones qualitats pot esser la forma ideal en la governació d'un poble.” Y en las declaraciones hechas por Don Jaime en Francia, algunos días después, el lenguaje era ya mucho más concreto: “...aconsejaré también vivamente a todos los jaimistas que sostengan el gobierno provisional... Considero que la República, como forma política, es indudablemente legítima.”

Por su parte, la Falange, nacida en 1933—es decir, después de tres años de República—no había aludido para nada en un principio a la cuestión del régimen. Ni en el discurso de la Comedia, ni en la conferencia pronunciada en el teatro Calderón de Valladolid, ni en los nueve puntos iniciales, ni en los veintisiete que marcan luego la norma programática, se habla de monarquía o república.

Razones posteriores—entre las que cabe contar la afluencia de obreros y campesinos, el confusiónismo que los partidos “de derecha” creaban sobre la naciente organización, etc.—obligaron a romper este silencio. En el discurso sobre la revolución española, pronunciado por José Antonio Primo de Rivera el 19 de mayo de 1935, se planteó el problema de la monarquía. Y la Falange, por voz de su jefe, la calificó de institución gloriosamente fenecida.

Sin embargo—nótese que tampoco

se habló nunca de república (3)—este sentimiento, no anti sino amonárquico de la Falange primitiva se difuminó en el torbellino de los acontecimientos posteriores. A mediados de 1937, Cantalupo informa que “la fisonomía de la Falange no se halla aún bien definida, ya que incluye a monárquicos y republicanos y estos últimos, que al principio se hallaban en mayoría, a consecuencia del continuo afluir de elementos nuevos, han perdido terreno, a pesar de que todavía siguen prevaleciendo”.

La respectiva tibieza de los dos mayores sectores políticos de la España nacional respecto a la posible restauración monárquica (4), alentó a los que laboraban por ambas partes para obtener la fusión.

Ya hemos dicho que, por lo que a la Falange respecta, un fuerte núcleo era partidario de ella. “Franco, o, por mejor decir, Nicolás Franco, trabajaba de acuerdo con los miembros escisionistas, que en aquellos momentos luchaban por derrocar a Hedilla y substituirlo por un jefe dispuesto a aceptar la fusión” (5).

En cuanto a los tradicionalistas, según Cantalupo, “Se hallaban de acuerdo con la fusión, pero siempre en igualdad de condiciones, sin dejarse absorber individualmente por la Falange y no sólo esto, sino a condición de que Franco asumiera la dirección de todo el país, de todo el partido y de todo el gobierno.”

Y la fusión se realizó, confirmándose—

(3) Monarquía y república son dos términos secundarios para la ideología falangista. Ver la respuesta de “La Hora” (abril de 1948) a una alocución de D. José María Pemán.

(4) Muerto D. Alfonso Carlos, tío de D. Jaime, el legitimismo tradicionalista se halló sin pretendiente, ya que no quedaban otros Borbones que los descendientes de Isabel II. En vista de ello, se instituyó la regencia en la persona del príncipe Javier de Borbón-Parma, bastante alejado—por otra parte—del tradicionalismo español.

(5) Véase “Entre Hendaya y Gibraltar”, de Serrano Súñer.

se los presagios del embajador italiano, que el 15 de marzo de 1937, es decir, un mes antes de la unificación, había informado a su ministro que *"bajo la presión de los acontecimientos, las distancias entre el programa social de los falangistas iban acortándose gradualmente, de modo que no podía considerarse imposible la fusión"*.

¿Cuáles eran, entretanto, las posiciones respectivas que los gobiernos sustentadores de la España de Franco en el plano internacional mantenían sobre la evolución de la política interna?

Ya es sabida la opinión de Cantalupo respecto a los alemanes, que siempre, según sus informes, actuaban *"sobre la Falange con el fin de que estableciera un gobierno de izquierda, totalitario y republicano y que, en cambio, combatían sordamente a los tradicionalistas (6): no podían sufrirles, porque eran católicos"*.

En cuanto a Italia, el embajador nos desvela dos posiciones: la de los círculos tradicionales y la del fascismo.

Pero tampoco estas posiciones se distinguen por su concreción. Por un lado, Ciano le aconseja que *"Franco armonice los sentimientos de los españoles sobre una base democrática y cristiana"*—consejo que halla su correlación en la confesión de sus memorias: *Don Juan, heredero al trono de España, quiere verme. Hace falta mucha prudencia, aunque personalmente creo en la necesidad de una restauración en España*—, por el otro, permite el envío de Farinacci, que aconseja la formación de un Estado totalitario, *"con la idea esencialmente fascista de un "partido único"..., idea que parecía destinada a acrecen-*

tar las futuras dificultades para una pacificación interna".

Mucho menos clara es la postura personal de Mussolini. El violento so-reliano de 1911, el dictador que tan a disgusto soportaba la diarquía a que su transigencia con el régimen le obligaba y que a raíz de la visita de Hitler a Italia dijo que las monarquías revelaban ser una inútil superestructura, jugó—como revela Cantalupo— con la candidatura de un Saboya al trono español. Pretensión a la que se opusieron, no sólo todas las fuerzas de España sin ninguna excepción, sino el propio soberano italiano, al fin y a la postre, jefe de la Casa de Saboya. *"Si de Roma le piden que apoye la candidatura de un príncipe de mi casa al trono de España, sea muy prudente"*, le dijo a Cantalupo en la conversación de despedida, *"...no hemos olvidado la triste suerte de mi tío Amadeo"*.

Y es que la intervención italiana en España, a cuyo espíritu correspondía la desorbitada pretensión mussoliniana—intervención, por otra parte, ni pedida ni deseada por nadie—*"debía de dar"*, como dice Cantalupo, *"necesariamente frutos amargos, porque no estaba medida en la exactitud de las dimensiones internas y proporciones externas" de la Italia de aquellos tiempos* (7).

Claro es que todos los manejos, todas las presiones y cábalas sobre la política interior de nuestra Patria no tuvieron efectividad alguna. El fugaz embajador italiano lo comprendió así al suscribir el siguiente párrafo de uno de sus repetidos informes:

"Lo que le conviene (a Franco) es procurarse antes (de la entrada en Madrid) una clamorosa victoria que se identifique con su nombre y lo exalte,

(6) Durante la primera guerra mundial, los más fervientes germanófilos.

(7) Sobre la intervención italiana en nuestra guerra de liberación hay mucho que decir. Mucho más, por supuesto, que lo que expone el Sr. Roberto Cantalupo en su libro.

para asumir después un tono más autoritario en sus relaciones con los mencionados partidos (Falange y tradicionalista) e imponer una fórmula única que le dé, no sólo la presidencia o la regencia del Estado, sino incluso la dirección de hecho del futuro partido."

Esta clamorosa victoria no fué otra que la del Ebro, con la posterior liberación de Cataluña, momento bélico éste de innegable trascendencia política, ya que sólo entonces cobró efectividad práctica la unificación decretada dos años antes y el precario concepto de dictadura en que se movía toda la España nacional desembocó en algo más estable. O dicho con otras palabras y utilizando un texto de Francisco Javier Conde, "el poder mi-

litar que había proclamado el estado de guerra y asumido la plenitud del mando para hacer frente a una situación anormal se convirtió de realidad facticia en normativa" (8).

Y como dice Roberto Cantalupo, "se realizó lo que podría llamarse tercera solución, ni socialista ni reaccionaria: un compromiso forzado, una acomodación entre lo viejo y lo nuevo, entre lo alto y lo bajo, entre cultura y organización, entre espíritu y materia, un "modus vivendi" entre pasado y futuro y también entre los intereses internos y externos del país."

(8) Contribución a la doctrina del caudillaje", por Francisco Javier Conde. Madrid, 1942.

BIBLIOGRAFIA

Liliane Guerry. — "Cézanne et l'expression de l'espace"; París, Flammarion, 1950.

Esta obra pretende realizar un análisis formal (es decir, un análisis auténtico) de la obra del gran maestro de Aix, y repartirla cronológicamente en épocas, caracterizadas por las distintas intenciones expresivas que entusiasmaron a Cézanne.

Lástima que el sistema de conceptos de que parte, para su exploración, la señora Guerry, sea demasiado rígido y estrecho. Preside a su libro la idea de que el problema fundamental de la pintura es el de la representación pla-

na de un espacio tridimensional. Aparte de que el espacio no es tan tridimensional como se dice (y conste que no invito a elucubraciones del tipo de "la relatividad al alcance de todos"; aludo, muy concretamente, al espacio sensible), es evidente que problemas del carácter del reseñado constituyen sólo un terreno fronterizo en el país expresivo que el pintor se empeña en conquistar. Sin embargo, el valor del libro de la señora Guerry es muy grande. Como sus maestros ideológicos, un Wölfflin o un Berenson, ella obtiene, con un método muy discutible en principio, óptimos resultados. No es difícil comprender la razón de este he-

cho paradójico. Los problemas del pintor (y conviene insistir en que no hay otros que los formales) tienen un rasgo básico común: no son problemas de realización (de una "belleza" o de una "imagen del mundo visible"), sino de tensión. El pintor no se ocupa en hacer que su obra adquiera determinada cualidad, sino en narrar en ella un trozo de su vida —de su vida profunda, que es puro ritmo, en el que no importan los contenidos sentimentales o psicológicos. Este ritmo vital del pintor se manifiesta por igual en cualquiera de los problemas, conceptualmente definibles, de que se ocupa. De ahí que el estudio de la obra de un pintor pueda obtener resultados válidos, escogiendo, como hilo guía, un problema cualquiera, aunque no sea el de máximo rango. Al fin y al cabo, el rango de un problema no se debe tanto al problema en sí, como a su engarce con los problemas concomitantes, a su puesto en lo que podríamos llamar la "topología expresiva" del pintor. Por el hilo de su modo de realizar la representación (este término me parece preferible al de "expresión") del espacio, la Señora Guerry consigue sacar el magnífico ovillo del alma pictórica de Cézanne.

No puedo aquí exponer en detalle el contenido de este hermoso libro. El lector deberá crearme bajo palabra, si afirmo que se trata de una obra imprescindible para quien se proponga entender la pintura de Cézanne, vale decir, la pintura, sin más. "Il est celui qui peint", decía Maurice Denis del pintor de la Santa Victoria. No puede designársele mejor. Es el que pinta. El que lleva en sí toda la pintura, el que preservó, en una época de monstruosa incultura, el vivo recuerdo de todas sus realizaciones pasadas, y despertó energía para sus futuras posibilidades. La Señora Guerry nos lo confirma de modo impresionante (sobre todo a los que, como yo, podemos en-

volver nuestros conocimientos de historia de la pintura en una hoja de brezo), por ejemplo al mostrarnos cómo Cézanne, en las obras de su primera época (la llamada "manera negra"), redescubre la perspectiva de los pintores alejandrinos y de los mosaístas romanos. El suyo es un libro que releeremos a menudo...

G. F.

"Ingres". — Paris, Editions du Dimanche, 1949.

Son conocidas las características de los volúmenes que, como el que reseñamos, componen la colección "Les Demi-Dieux". Un álbum de reproducciones de un gran pintor, precedido de un breve texto de un escritor (mejor dicho, de un *écrivain*, o sea de un literato) famoso. El álbum y el texto se reúnen bajo una misma cubierta, tan sólo por voluntad de un editor; se trata en realidad de dos obras independientes, y como a tales conviene comentarlas.

El plan del álbum es lo que confiere originalidad y valor a la colección. Constituye una reunión de reproducciones en negro de los cuadros considerados como fundamentales en la obra del pintor homenajeado, acompañados, la mayoría de ellos, de reproducciones a gran escala de numerosos detalles. Este tomo dedicado a Ingres, por ejemplo, contiene 118 fotografías en negro, que corresponden tan sólo a 44 cuadros. Hay también (y creo que es una novedad en la colección) 8 fotografías en color, correspondientes a 3 cuadros. El sistema, en el caso de Ingres, proporciona estupendos resultados. Las obras de Ingres se reparten casi enteramente en dos grandes grupos: retratos y cuadros de historia.

En los retratos, admirables y delicados universos formales, cada detalle constituye un inagotable microcosmos, imagen del todo. En los cuadros de historia, que son francamente aburridos para el contemplador de hoy, son los detalles los que conservan el testimonio de que se trata realmente de obras en las que Ingres ejerció su más tenso talento. Los que nos encontramos lejos de los originales del gran maestro (¡el tan deseado viaje a Montauban!) agradecemos a los editores de la colección "Les Demi-Dieux" que nos permitan contemplar reproducciones dignas, y muchas veces en tamaño natural, de aquellos detalles.

Se comprende que sean los prólogos, los que expongan a la colección a mayores altibajos en cuanto a calidad. Es arriesgado suponer que un literato, aunque sea francés y famoso, tenga algo que decir acerca de la pintura (o acerca de cualquier otro tema, si a eso vamos). Pero el espléndido texto que Alain ha escrito para prologar este tomo sobre Ingres nos obliga a rendir todas nuestras prevenciones. Claro que Alain no es un puro literato; con lo cual acaso se demuestre que no siempre hacen bien, los que van para genios, en dejar el oficio de profesor de lycée. Alain se ha propuesto en su prólogo describir en qué consiste, de verdad, el trabajo del pintor, el tupido tejido de operación manual y meditación abstracta que realiza ante la virgen tela, y luego ante la tela manchada, a la que hay que retocar, sobre la que hay que acumular espesor sensual, y a la que hay que levantar con aguda energía mental. Pero no se ha limitado Alain a proponernos un esquema ideológico; ha hecho que su estilo, el estilo de su pensamiento y el de su lenguaje, imiten al pintor, imiten su hacer y su deshacer, imiten la superposición de sus oleadas creadoras, su "retocar según la obra, y no según el modelo", su "travail effra-

yant, qui ramène sans cesse la réflexion à la retouche, qui doute par le pinceau, qui se force à peindre et à repeindre". Con sus medios de buen obrero del verbo, Alain consigue llevarnos a intuir qué es "la peinture, c'est-à-dire... une pensée étrangère à nos paroles, et inexprimable..." No me he resuelto a traducir estas frases perfectas. Espero que bastarán para despertar en el lector la apetencia de leer el texto de Alain.

G. F.

Henri Terrasse. — Histoire du Maroc des origines à l'établissement du Protectorat français : — Editions Atlantides, Casablanca, 1949-1950. — Dos volúmenes.

A pesar de la unidad de lengua y religión —unidad más aparente que real— que posee el gran espacio norteafricano que lleva este nombre, la historia de Marruecos no es la historia de una nación. Nunca han sentido los marroquíes un afán común, y siempre que Marruecos ha formado un estado ha sido debido a la fuerza de las armas y ha durado tanto cuanto estas armas han sido fuertes para sostenerlo.

Cuando la unidad ha sido impuesta con mayor efectividad ha sido bajo los Almorávides y los Almohades, y es en estos dos periodos que ha habido predominio marroquí en el occidente islámico, coincidiendo con la decadencia de al-Andalus. Y así los musulmanes marroquíes impusieron su islamismo a los andaluces, islamismo de rasgos muy peculiares que el señor Terrasse define así: "une religiosité profonde, un vif attachement aux cultes

locaux, une xénophobie instinctive et tenace.”

Es innegable que estos invasores y los que vendrán después, unidos a los grandes contingentes que, como auxiliares, habían desembarcado en la península casi sin interrupción desde 711, dejaron entre nosotros numerosos rasgos peculiares que hoy día nos son comunes. Por ello tiene gran interés para los españoles la historia de Marruecos, y esta obra es, por hoy, el mejor manual sobre la materia; bien valdría la pena de traducirlo, ya que no ha sido escrito por un español; que tanto nos hemos desligado todos del Norte de Africa.

A. M.

Enciclopedia Judaica castellana. — Méjico, 1948-1950.

Con ritmo muy rápido se han publicado los ocho primeros volúmenes de esta obra —que tendrá un total de diez— y que esperamos esté completa este año.

Esta obra es, en general, tendenciosa, llegando algunos artículos a ser verdaderos panfletos. Científicamente es muy deficiente y hay en ella desconocimiento casi absoluto de la bibliografía española —ni siquiera conoce la obra de Amador de los Ríos— y no está exenta de cierta hispanofobia, dando en algunos casos la impresión de que la Santa Inquisición existe aún en España y se dedica a encarcelar y perseguir marranos (palabrita por cuyo uso demuestra nuestra enciclopedia un especial cariño, sin duda porque no se han enterado aún de que en España no la usa ya nadie y que incluso mucha gente ni siquiera conoce su significado). Traduce mucho a *The Jewish*

Encyclopedia pero tienen sobre ella la ventaja de estar puesta al día, siendo éste el motivo de su interés pues en ella se pueden encontrar datos sobre la vida de las comunidades judías hasta el mismo año de la publicación del tomo correspondiente (por ej. el artículo *Polonia* en el tomo VIII, 1950). Es imprescindible, y puede decirse que única, en las noticias y datos sobre los judíos y sus comunidades en la América latina.

Por este acopio de datos, así como por las buenas y abundantes ilustraciones y a pesar de sus defectos, es imprescindible en toda biblioteca bien dotada, máxime en España, ya que es la única de su género en español.

A. M.

Hans Erich Nossack: “*Interview mit der Tode*”, Hamburg, 1950.

Transcurrido más de un lustro desde el fin de las hostilidades, la saeta de la más reciente creación literaria alemana sigue marcando la hora de la guerra. Buena muestra de ello es este sorprendente libro “*Interview mit der Tode*”, de Hans Erich Nossack, recientemente llegado a nuestras manos. Catalogado como novela por el editor, la obra resulta, sin embargo, inclasificable, por mezclarse en sus páginas el ensayo, el poema en prosa, el cuento simbólico y la autobiografía.

Ultima circunstancia ésta que debe detenernos ante todo en la personalidad del autor. Hans Erich Nossack roza la cincuentena, es decir, pertenece a una generación cuya existencia, desde los años adolescentes hasta nuestros días, ha transcurrido en una Alemania sacudida por violentos espasmos: la caída del Reich de Bismarck,

el marasmo de la República de Weimar, la inflación, el advenimiento del nacionalsocialismo y la derrota del Reich de Adolfo Hitler. Como eslabón final de la cadena, un episodio entre los múltiples de la catástrofe: la destrucción masiva de Hamburgo, ciudad natal del autor.

Impulsado por este hecho tremendo — que forma la materia misma del libro, en particular de su capítulo “Der Einsturz” — y testigo de acontecimientos que “la razón rehusará siempre concebir y la memoria registrar”, Nossack justifica su monólogo: “Seguiría cerrada mi boca para siempre, si no hablara en este instante”. Todas sus fuerzas le empujan a aprehender la realidad, a plasmarla, antes de que se desvanezca, de puro inconcebible, “wie ein schlechtes Traum”.

Pero Nossack, a fuer de alemán, no ejerce su misión de testigo como periodista, sino como visionario. Esboza un tímido intento de ensayo cronológico, pero la emoción le gana y en un monólogo discontinuo revive para el lector hechos tan inconcebibles, que pronto trasciende de las páginas un halo de fantasía y nos parece estar viendo un cuento irreal.

“Interview mit der Tode” comienza con la imagen de un enjambre de minúsculos bombarderos llenando el cielo azul, sobre el campo que parece agazapado entre dos lomas. Apenas se hace de noche, hace su aparición la exacta geometría de los proyectores. El fragor de las explosiones es tan continuo, que ni siquiera ahoga la respiración del vecino. Los árboles arden como antorchas en el paisaje desolado y grandes columnas de humo se elevan de la zona portuaria. Los refugios son taladrados por las bombas y en otros, de mayor resistencia, mueren de asfixia miles de emparedados. Aúllan las sirenas atronando el aire,

y en el último instante, una ama de casa saca al fresco su tarta de ciruelas, mientras la vecina, en camisa, mete a su perro en un cesto. Luego, cae la primera bomba en la casa... “Los hombres”, apostilla Nossack, “se entregan a experimentos para tratar de suprimirse unos a otros en el mayor número posible. Y a fe que lo consiguen”.

Comienza entonces, entre un paisaje lunar, una existencia completamente inverosímil: florecen las matas sobre los escombros, de donde emergen ridículas chimeneas, un lienzo de pared, renegrido por el humo, sostiene todavía el tubo de una estufa, larvas y moscas disputan a las ratas un reino de putrefacción.

La pintura que Nossack hace de las ruinas es detallista, de una minuciosidad escalofriante. Va deteniéndose en cada trazo, en cada rasgo: ¿Cuántas burlas suscitó entre los jóvenes el mobiliario pretencioso de tantos pisos pequeño burgueses, con sus lámparas de flecos, sus cromos sobre la cama matrimonial y su olor a grasa en los corredores demasiado estrechos? No quedan ya camas, ni pasillos, ni nada. Un grito desesperado sale de la pluma del autor: “¡No es posible!” Pero sí: es posible, porque la ciudad, sin calles, sin casas, se ha convertido en la urbe fantástica de lo “no posible”, de lo “no existente”.

La mano se alarga en gesto maquinal hacia el objeto familiar, difícil de recordar de puro conocido, pero los dedos se cierran en el vacío. “Nicht Tag soll sein”, dice Nossack, “nicht Nacht mehr, eh’ das Furchtbare vollendet”.

Pero lo terrible no acaba. Apenas ha comenzado, confiesa al iniciar otro capítulo. Está dedicado a los fugitivos, a los que escucharon la voz de los Casandras y buscaron seguridad para

sus personas y sus bienes. ¿La encontraron? El autor se pregunta cómo pueden permanecer en calidad de "refugiados" junto a tantos otros que desconocieron la tragedia. Campesinos opulentos, enriquecidos por la escasez, lanzan al rostro de los huidos la peor de las maldiciones: ¡refugiados! Y, al fin, vencidos por la ira ajena, por la nostalgia propia, los huidos retornan en creciente marea al borde de los cráteres que antes fueron sus universos. Las órdenes dictan: "Prohibido volver a la ciudad". ¿De quién emana tal prohibición? Carentes de poderes, el Estado y la Patria, recalca Nossack, se han convertido en algo irreal e indiferente. Nadie siente la necesidad de instituciones, porque cada cual revuelve por su propia cuenta los montones de detritus.

Los que no han vuelto, sienten todavía más su desamparo. Nadie participa de su tragedia y el rencor entre los que han conservado todo y los que no poseen nada es más fuerte que la voluntad. Viendo gentes que viven "como antes" — palabras terribles éstas, hace notar el autor —, se creen en el cine. Meta y aspiración única de cada uno de ellos es subsistir, pero, ¿para qué? Con el vientre vacío y ateridos por un frío terrible, la existencia pierde sus contornos precisos para convertirse en sueño, en pesadilla. Sin embargo, la mayoría busca en el sueño consuelo a sus desventuras. ¡Dormir! ¡Dormir de una vez!

Al otro extremo del sueño, Hans Erick Nossack coloca a la Muerte. La Muerte — su entrevistada —, encantada de la eficacia de sus servicios. "¡No hay error posible!", dice con satisfacción. Se muere de frío y de hambre, en medio de chinches y piojos, mientras los médicos hablan públicamente de deficiencias cardíacas. Los personajes de Nossack — todos los hamburgueses, todos los alemanes — no tienen si-

quiera fuerzas para pensar en el porvenir. Un día — ¿qué duda cabe? — amanecerá la gozosa pascua de resurrección, volverá a elevarse el monumento a los muertos y se ornará con la corona del martirio a la última víctima del régimen difunto, "en espera de colocar a este mismo sobre el pedestal". Entre tanto, hay que sobrevivir y ni siquiera vale la pena — piensan las alucinantes y, a fuerza de ser humanas, deshumanizadas figuras — embozarse en una máscara, maldecir o rezar.

Y con este desesperado lamento termina la obra de Hans Erich Nossack, emocionante, a pesar — o acaso por causa — del deseo constante del autor de elevarse sobre lo local para alcanzar lo universal. En todo momento aparece a través del apretado texto el Nossack que confiesa "haber anticipado siempre su conciencia literaria en el momento de las grandes decisiones de su vida", destacando netamente los rasgos muy alemanes de su carácter: celo de su dignidad, sentimentalismo romántico y trágico amor a los símbolos. Sin que deje de traslucirse, asimismo, su formación burguesa, su cultura y sus gustos estéticos.

Por otra parte, su literatura es de una calidad excepcional. Tanta, que el lector no puede por menos que preguntarse si las demás obras de Hans Erich Nossack — tenemos noticia de una novela titulada "Nekiya" — confirmarán la clásica grandeza de "Interview mit der Tode" o se limitarán a poner de manifiesto la profundidad de la sacudida sufrida por Nossack ante unos acontecimientos, cuya dimensión apocalíptica desbordó plenamente — caso de Remarque en la guerra pasada, posible caso de Constantin Virgil Gheorgiu en ésta — su propia capacidad.

J. R.

Simone Weil: "La pésanteur et la grace". — Plon. París, 1948.

Rara, casi socrática suerte ha corrido la obra de Simone Weil. Porque si bien al morir —(tuberculosa, en Londres, voluntariamente sometida a la dieta que proporcionaba por aquellas fechas a los franceses el ticket de racionamiento)— S. W. dejaba una serie de textos revisados y otra —más abundante— de apuntes redactados precipitadamente, el carácter fragmentario de esos papeles ha sido una constante tentación para sus editores.

Afortunadamente, Gustave Thibon, que se encargó de editar este volumen, fué un auténtico amigo de la autora, a la que tuvo en su casa de St. Marcel d'Ardèche durante cierto tiempo. Esa circunstancia, unida a su indudable honradez intelectual, ha permitido a Thibon realizar bastante dignamente su peligrosa tarea: dueño de una serie de manuscritos (10 grandes cuadernos) en cuyas páginas se encontraban pensamientos propios de la autora, citas "en todas las lenguas", trabajos filológicos y hasta anotaciones personales y domésticas, Thibon ha creído necesario prescindir de ciertos textos (de escasa importancia, según dice) y ordenar los demás. Grave decisión, aunque el filósofo francés consiga generalmente adaptarse a los esquemas mentales de S. W. Grave, sobre todo, si se tiene en cuenta que en su tarea han colaborado (no creo que muy positivamente, por lo demás). Lanza del Vasto, J. M. Perrin, Gabriel Marcel y Jean de Fabrègues, además de los Honnorat, amigos personales de Simone Weil. Ahora bien, todas esas personas forman un equipo intelectual bastante definido (pongamos aparte a Marcel) y aunque entre ellos y Simone Weil hubiera indudables afinidades, es preciso afirmar que un último irreductible sentido de la verdad his-

tórica y de la integridad intelectual separa a Simone Weil de aquellos amigos suyos. Sólo la inconcebible humildad de S. W. pudo llevarla a cometer ese error —desastroso para sus lectores— de creer que aquellos amigos, con quienes tantas posiciones intuitivas tenía en común pero tan pocas ideológicas, iban a obedecer con sus escritos en la mano, a todas las exigencias de honradez hermenéutica a que ella se sujetaba al ponerse ante un texto de Homero o de los Upanishads.

Gracias a Dios, repitamos, fué Gustave Thibon quien preparó este volumen. El título escogido es realmente un tema fundamental en el pensamiento de S. W., basado en una comprensión gradual de la realidad. A lo largo de todos los "escalones" del mundo actúan las mismas fuerzas: Gracia y Pesantez. Los textos escogidos por Thibon ilustran este tema desde varios puntos de vista, con innumerables perspectivas (1).

Lamentamos, sin embargo, aun dando por bueno el trabajo de Thibon, que diez "gros cahiers" hayan quedado reducidos a 207 páginas in-8.º menor, con abundantes blancos tipográficos.

M. S.

Simone Weil: "Attente de Dieu". — Editions du Vieux Colombier. París, 1950.

Vergonzoso volumen, realmente. Es de suponer que J. M. Perrin se ruborice, desde el momento en que realizó esta hazaña editorial, cada vez que recuerde la ingenuidad con que Simone

(1) Como quiera que LAYE prepara un estudio de conjunto del pensamiento de Simone Weil, nuestro redactor se limita aquí a una noticia y crítica editorial de esos libros. — N. de la R.

Weil le confió textos y palabras. El volumen se compone de 46 páginas de Introducción general del señor Perrin, 14 páginas más de notas e introducciones especiales debidas a la misma pluma, un tanto enferma de logorragia y — menos mal — unas cartas y cinco estudios de Simone Weil.

Lo grave es el contenido de esas notas e introducciones de Perrin, pues ni una sola respeta íntegramente el pensamiento a que se refiere. Este hombre no ha sido capaz de leer ni una sola línea sin esperar que el texto dijera lo que él ya piensa desde los primeros días de su infancia. Cuando el texto no se presta a ello ni leído al revés, el editor no tiene más reacción que ésta: medir cuidadosamente los extraños “centímetros” espirituales que separan al pensamiento de S. W. de lo que tenía que haber dicho. Ni una sola nota presenta sencillamente el texto de S. W., o se limita a someterlo a una crítica interna. Ni siquiera a una honrada y abierta crítica externa. Lo que hace es proyectar una versión astigmática de las construcciones de S. W.: no falta ninguna línea, pero todas padecen distorsiones, por el mero hecho de soportar en sus extremos las introducciones, o por estar referidos los textos a problemas de una concreción y materialidad que el pensamiento de S. W. no se propuso nunca.

El hecho sería doble, triple, no sé cuantas veces vergonzoso (ya que viene cubierto por esa indudable garantía que es para el lector un editor presentado como el amigo más íntimo del autor en sus años productivos) si no estuviere tan claro que más que de mala fe se trata de incapacidad para entender y aceptar que algo existe en el mundo que no sea uno mismo o la proyección de la propia creencia. J. M. Perrin es un buen escritor. Pero

no es el primer caso de gran inteligencia que no puede entender más que sus creaciones propias. Poco a poco va uno descubriendo que es más difícil saber leer que ser un genio.

Además de las impertinentes y abundantes páginas del editor, el volumen contiene en primer lugar seis cartas: dos sobre temas teológicos (Bautismo), una sobre un problema moral concreto, dos autobiográficas y una última, importantísima (carta del 26 de mayo de 1942, desde Casablanca) que muestra cómo Simone Weil se dió al fin cuenta de lo difícil que es tratar con quien no puede entender nada porque ya ha decretado que lo entiende todo. El imperturbable editor la publica y ¡la contesta! Supongo que es un caso único en la historia editorial, sobre todo, estando muerto el autor. La contestación, naturalmente, no es tal contestación, sino una muestra más de impermeabilidad.

En la segunda mitad publica Perrin un estudio pedagógico, otro sobre la desgracia y la teoría de las formas del amor implícito de Dios, de importancia en el pensamiento de la autora. Por último, se encuentra en el libro la exposición del Padrenuestro (según el texto griego de San Mateo) y el deslumbrante apunte acerca de “Los tres hijos de Noé y la historia de la civilización mediterránea”.

A pesar de todo, los textos de Simone Weil son más del triple de los de su editor en este volumen, escrito en una colaboración que Simone Weil habría rechazado probablemente, según puede inferirse de su carta desde Casablanca.

M. S.

Simone Weil: “L’Enracinement”. — Gallimard. París, 1949 (19.^a edición). — He aquí, por fin, un libro escrito,

compuesto por Simone Weil. Por él podemos ver que el trabajo de Thibon en "La Pesanteur et la Grâce" fué extraordinariamente acertado. En este "Enracinement", compuesto por ella, aunque muy precipitadamente, Simone Weil se limita a alinear lógicamente sus ideas de filosofía política, con un terrible ascetismo estético, que dificulta la lectura a fuerza de querer facilitarla.

La historia del libro es curiosa. Fué escrito en Londres, bajo los bombardeos, a petición del general De Gaulle, en un momento en que hasta el más radical-socialista de los franceses admitía que en la sociedad francesa "hay algo que no marcha", según la expresión de Saroyan. Todos estaban, pues, dispuestos a aceptar algo crudo, total, revulsivo de principios. Pero el duro manual de política teológica que les proporcionó Simone Weil superó todas las posibilidades de su ánimo bien dispuesto.

Realmente, "L'Enracinement" es, con las Leyes y la Politeia platónicas y alguno de los mejores frutos de la literatura utópica, una de las obras políticas más difíciles de soportar por el sentido común. Con el agravante de que mientras las obras de este tipo suelen poseer una gran belleza literaria, "L'Enracinement" es, como ya he dicho, un carnet de notas de las que se ha extirpado la menor debilidad galana. Y no es que se oponga al sentido común en sus conclusiones prácticas, sino que pone a éstas en conexión directa con unas fuentes por las que el repetidamente citado sentido ha tenido siempre una pudorosa repugnancia.

Es importante observar que en algunos puntos de esta obra pueden señalarse ligeras discrepancias respecto de textos anteriores, especialmente de los recogidos por Thibon en "La P. et la G.". Muchas pueden ser las ra-

zones, desde una real evolución en el pensamiento de Simone, hasta las circunstancias durísimas en que escribió, sin salud ni materiales a disposición. También puede explicarnos algo el hecho la temible y confusa fluidez de las cuestiones políticas.

Por lo demás, es bastante natural que costara trabajo, en los años en que el tema de "los derechos del hombre" era el grito de combate de aquellos entre quienes se encontraba S. W., soportar un libro que declara, para empezar: "La notion d'obligation prime celle de droit, qui lui est subordonnée et relative".

M. S.

Simone Weil: "La Connaissance surnaturelle". Gallimard. — París, 1950.

Este volumen, cuyo título —tan acertado como el escogido por Thibon— ha sido puesto por el editor contiene los 7 cuadernos de notas escritos por Simone Weil desde el 17 de mayo de 1942 (fecha en que salió de Marsella para Marruecos) hasta el 10 de noviembre del mismo año (en que salió de América para Inglaterra). Los escribió en el campo de Ain Seba, cerca de Casablanca, y en Nueva York. Contiene además el libro un cuadernillo escrito durante su estancia en Londres, las últimas páginas del cual, escritas a lápiz, debieron serlo ya en el sanatorio de Ashford, donde murió el 24 de agosto de 1943, a los treinta y cuatro años.

Esta vez, los cuadernos están íntegramente impresos. Albert Camus, como director de la "Collection Espoir", de la casa Gallimard, tiene el honor de ser hasta ahora el único editor de Simone Weil que no se ha sentido sujeto a doctorales responsabilidades, de esas que ponen la tijera en la mano. Camus es el único editor

de S. W. para el que no se planteará nunca el problema de si fué o no honrado: ahí está el texto. Gracias a él tenemos, seguro, el contenido de ocho cuadernos de Simone. No podemos decir lo mismo ni de una sola cuartilla más, excepto "L'Enracinement".

Sin duda lleva razón Thibon, al reprochar a Gallimard esta edición desde el punto de vista estético. El libro, naturalmente, no tiene pies ni cabeza. Es cierto. Pero observemos que a muchos lectores nos produce una gran tranquilidad hurgar en un montón de letras, que sabemos completo, y nos desazona, por el contrario, leer un libro bien construido, de cuya integridad dudemos fundadamente. Además es muy difícil saber cuándo un texto carece de sentido o de importancia. Tal vez unos juzguen sin sentido notas como ésta de uno de los "cahiers d'Amérique": "Io, la fille errante, et la lune des gitanes. — Chercher dans Origène: Mat., 5, 45-48". Pero otros sabemos que quiere decir algo de cierta importancia material y, sobre todo de gran significación metodológica.

Tal vez en premio a su honradez le ha sido concedido a Camus hacer el hallazgo del texto que juzgo decisivo para la comprensión de Simone Weil, por razones que en otra ocasión espero exponer. Camus encontró "deux pages... détachées, au milieu d'un cahier, sans rapport direct avec les notes prises à cet endroit". Entonces las puso de prólogo al volumen: su clarividencia fué grande.

No resisto al deseo de traducir ese texto, creo que el primero de Simone Weil que se imprime en castellano. Queda dicho que eran dos hojas sueltas, aisladas de su contexto en uno de los "cuadernos de América". Helo aquí:

Entró en mi habitación y dijo: "Miserable, que no comprendes nada, que no sabes nada. Ven conmigo y te en-

señaré cosas que ni siquiera sospechas." Le seguí.

Me llevó a una iglesia. Era nueva y fea. Me condujo frente al altar y me dijo: "Arrodillate". Yo le dije: "No estoy bautizada". El dijo: "Cae de rodillas con amor ante este lugar, como ante el lugar donde existe la verdad." Obedecí.

Me hizo salir y subir hasta una buhardilla, desde la que se veía toda la ciudad por la ventana abierta, algunos andamiajes de madera, el río, en el que descargaban barcos. Hizo que me sentara.

Estábamos solos. Habló. A veces entraba alguien, se mezclaba en la conversación, se marchaba luego.

Ya no era invierno. No era todavía primavera. Las ramas de los árboles estaban desnudas, sin yemas, en un aire frío y lleno de sol.

La luz crecía, resplandecía, disminuía; luego, las estrellas y la luna entraban por la ventana. Luego, de nuevo crecía la aurora.

A veces, se callaba, sacaba un pan de una alacena y nos lo repartíamos. Aquel pan tenía verdaderamente el sabor del pan. No he vuelto a encontrar aquel sabor.

Me echaba y se echaba vino, que tenía el sabor del sol y de la tierra en que estaba construída aquella ciudad.

A veces, nos estirábamos en el suelo de la buhardilla y la dulzura del sueño bajaba sobre mí. Luego, me despertaba y bebía la luz del sol.

Me había prometido una enseñanza, pero no me enseñó nada. Hablábamos de cosas de todas clases, sin ton ni son, como los viejos amigos.

Un día me dijo: "Ahora vete". Caí de rodillas, besé sus piernas, le supliqué que no me echara, pero él me arrojó a la escalera. La bajé sin saber nada el corazón hecho trizas. Anduve por

las calles. Luego, me di cuenta de que no sabía en absoluto dónde se encontraba aquella casa.

Nunca he intentado volver a encontrarla. Comprendía que vino a buscarme por error. Mi sitio no está en aquella buhardilla. Mi sitio está en cualquier parte, en un calabozo, en uno de esos salones burgueses llenos de cacharritos y terciopelo rojo, en una sala de espera de estación. En cualquier te, menos en aquella buhardilla.

No puedo evitar a veces el repetirme — con temor y remordimiento — algo de lo que me dijo. ¿Cómo saber si me acuerdo exactamente? No está él aquí para decírmelo.

Ya sé que no me ama. ¿Cómo podría amarme? Y, sin embargo, en mi fondo, algo en el fondo de mí misma, no puede impedirse pensar, temblando de miedo, que tal vez, a pesar de todo, me ama.

M. S.

Herbert W. Schneider. "Historia de la Filosofía norteamericana". Fondo de Cultura Económica. México, 1950.

Entre los mas amargos—y más fecundos—frutos de nuestra comunicación con hombres e ideas de otras culturas, está, sin duda, ese convencimiento de la difícil accesibilidad de su meollo. Será o no será cierta la impermeabilidad que Spengler adjudicó a las culturas. Por lo menos, resulta fuera de duda para quien se acerca con ánimo ecuánime a creaciones de otros tiempos o lugares que éstas se resisten friamente a dejarse penetrar. Podremos adueñarnos de su aspecto formulario, de cosa hecha. Si nuestra capacidad de simpatía es vigorosa y se ve apoyada por un esfuerzo tenaz y sincero, llegaremos tal vez a trazar en una cuartilla lo que nos parezca ser el esquema funcional de aquel pensamiento exótico que ha construido tal

ibro o tal otra creación de cultura. Pero sólo una inmersión total y duradera (¿acaso durante toda una vida?) en su atmósfera y en su mundo puede desvelarnos los entresijos del ente cultural extraño.

Nada más fácil que murmurar despectivamente ante estas nutridas 600 páginas de H. W. Schneider: "¡Qué confusos y superficiales son estos yanquis!" Ninguna solución más fácil ni más tranquilizadora. Afortunadamente, tal cómoda tentación no puede acudir a nadie tras la lectura de este libro. No se puede negar, ciertamente, que Schneider llama filosofía y aún sistema filosófico a entidades tan vagas como la media docena de ideales político-religiosos que movilizaron a las comunidades de la "frontera" Oeste americana en las primeras décadas del siglo pasado. Extensos capítulos del libro *adolecen, realmente, de cierto simplismo tan rotundo y al mismo tiempo tan impreciso como la sonambúlica decisión del cow-boy borracho que soluciona problemas sentimentales con los sólitos argumentos del consabido Colt 45. Cuando Schneider empieza a estudiar la "filosofía" de incoloros clérigos puritanos, cuáqueros fantasiosos, ingenuos presbiterianos, el lector espera ansioso, con divertido temor, que a la vuelta de la página haga una gloriosa irrupción en la Historia de la Filosofía el conocido metafísico Mr. Búfalo Bill.*

Schneider comete sin duda un gran lapsus al enjuiciar ciertos sistemas filosóficos. Cuando, por ejemplo, tacha a los movimientos académicos del siglo XIX de "apolillados", precisamente por haber alcanzado una precisión técnica que automáticamente los recluyó en el ámbito profesional de las aulas, levanta contra ellos el reproche de ser ineficaces, de haber roto amarras con la vida y con el progreso social; frente a ellos, sin embargo, coloca como ejemplo de pensamiento vi-

vo el científico. Ahora bien, ese reproche—y así concebido, especialmente—supone un asombroso olvido de las condiciones en las que se ha fraguado y se fragua la moderna visión del mundo. Nuestra Física—equivalente, si ha de haberlo, de lo que en las filosofías “no apolilladas” de cuáqueros y cow-boys meditatundos fué la intuición viva del mundo—se funda en un pensamiento metódico alta y sutilmente elaborado, que no puede entregarse

a embriagueces espirituales. Hoy la eficacia del conocimiento está basada en un depurado tecnicismo metódico incompatible con la difusión masiva (por lo menos, mientras no se eleve el nivel de las masas), incompatible, también, con la banalidad de una concepción del mundo susceptible de entrar, tal cual, en propagandas políticas. Lejos, pues de ser su hermetismo un capricho aristocrático, el pensamiento de hoy recibe tal carácter de su misma eficacísima precisión. (El problema del divorcio entre el pueblo y la ciencia no se hace con ello sino más trágico y total, dicho sea de paso; mucho más virulento de lo que Schneider supone en su libro. Ya aclaró este punto Ortega de una vez para todas.)

Hay, pues, un grave error en el esquema valorativo de Schneider. Era necesario anotarlo. Pero con hacerlo no hemos entrado aún en el corazón de este asunto: Schneider no es un ingenuo. Usa premeditadamente, doctrinalmente, ese vago concepto de filosofía como ideas o intuiciones-fuerza articuladoras de estados sociales. Precisamente por eso, porque ha adoptado conscientemente su actitud, valora filosóficamente un poema de Hermann Melville o de Walt Whitman por encima de las construcciones de Royce o de Peirce. (Dedica, por ejemplo, más espacio al poema “Clarel” de Melville que “A Pluralistic Universe”). En las líneas finales de su exposición del pensamiento de Royce, después de ha-

ber explicado el principio “triádico” de interpretación de aquel filósofo, alude a sus actividades sociales. Y escribe Schneider: “...el seguro es una asociación que descansa en el principio triádico de interpretación: el asegurado, el asegurador y el beneficiario... Royce recomendaba el seguro en contra de la guerra... Esta coordinación de Iglesia (1) y compañía de seguros no me cabe duda que será considerada por un lector hecho a los estilos del viejo mundo como una típica salida yanqui...”

Nuestro historiador, ya se ve, adopta de intento su actitud. Nosotros, los hombres “hechos a los estilos del viejo mundo”, ¿nos vemos obligados a clausurar la cuestión empaquetándola bajo la etiqueta de “típica salida yanqui”? Sospecho que no. Más aún: creo que ni siquiera una amable y conmisericordiosa alusión a la “tradición pragmatista” yanqui sería suficiente... si no es para salir del paso difícil a que este libro nos lleva. Y no se trata de salir del paso en estas cuestiones de comprensión de esquemas psíquico-funcionales ajenos. Porque aludida así, en términos filosóficos, o en los más vapuleados tópicos políticos de “entendimiento entre los hombres”, no cabe duda de que esta cuestión es hoy fundamental.

Para terminar, sin violentar demasiado el molde de una nota bibliográfica, hay que atreverse a recoger la profecía de un yanqui formado en Europa (en la confluencia escocesa de Kant y el “common sense”) y yanqui integral por todo el resto de su vida: Jacob Gould Schurman, el fundador de la “Philosophical Review”. En esta revista, precisamente, escribía Schurman que la cultura de Norteamérica

(1) El “principio triádico” de Royce explicaba fundamentalmente la comunidad cristiana.

debe y tiene que ser la gran reconciliadora de Oriente y Occidente. ("The Philosophical Review", núm. 1, páginas 3-5).

Se puede recoger esta vieja profecía-programa (data de 1892) porque abundantes hechos la han desnudado de su fatuo ropón de Gran Palabrota Vacía para dejarla en la desnudez de lo sucedido. Desde Adams a Huxley, Norteamérica está siendo la puerta de Oriente. Y es difícil creer que eso se deba sólo a la insondable riqueza de la Biblioteca del Congreso: tiene que haber en Norteamérica alguna fuerza escondida —ya medio a flote— que provoque esos descubrimientos. O alguna generosa corriente del Pacífico arroja en las playas de Vasco Núñez las sobras del gran depósito sino-hindú.

La frecuente "suciedad" intelectual de las producciones filosóficas (o "filosóficas", como ustedes gusten) que nos llegan de Norteamérica, tiene, en mi opinión, origen emparentado con lo que queda dicho: precisamente el pensamiento oriental se diferencia del nuestro por la resolución con que, de buena mañana, se sumergió en los más angustiosos fangos de nuestra pantano. Sin duda es eso lo que le ha impedido templarse y limpiarse a la luz del mediodía, bañado por la cual quiere con-

versar Sócrates en el "Fedro". Pero, en las épocas en que el agua se encrespa y se enturbia, cobra un gran valor el saber de los que conocen el légamo. Hoy hay que ensuciarse las manos decididamente, y mucho más puercamente de lo que cree el personaje de la conocida obra teatral. Hay que tocar todas las porquerías de los bajos fondos (y lo que es más atinente al éxito del pensamiento oriental), hay que estudiar también aquellas entidades que, por su translúcida fluidez han sido confundidas con el barrillo mismo de la charca durante tres siglos de optimismo racionalista y cincuenta años de euforia irracional.

Si la mentalidad premeditadamente "ensuciada" con que Herbert W. Schneider ha escrito esta "Historia de la Filosofía Norteamericana" sabe unirse en su tarea a esos otros motivos representados colectivamente por la recepción yanqui del pensamiento oriental, aquella superficialidad que al principio señalábamos será de escasa importancia: los científicos positivos —ayudados por los pensadores europeos— pueden compensarla.

Esperemos. Tal vez la "cosa" salga de ahí. Esperemos: este siglo es una estación pueblerina por cuya única vía arda en entrar el expreso.

M. S.

LAYE DESEA A SUS LECTORES UNAS FELICES VACACIONES, LES AGRADECE EL INTERES QUE HAN PUESTO EN ELLA Y ANUNCIA LA APARICIÓN DE SU PROXIMO NUMERO (15) PARA EL MES DE SEPTIEMBRE

NOTICIARIO

LA VISITA DEL MINISTRO DE EDUCACION NACIONAL. — Del 9 al 13 de junio estuvo en Barcelona el Ministro de Educación Nacional. En esos días, el señor Ibáñez Martín tuvo ocasión de tomar contacto con los representantes de la vida universitaria barcelonesa, en nutridas jornadas que se fueron sumando a la del día 10, en que inauguró la XIX Feria Internacional de Muestras en Barcelona, inauguración que era el motivo oficial de su viaje.

El día 11, previa una visita a todas las instalaciones de la Universidad, deteniéndose especialmente en la Capilla, el Ministro recibió a las Facultades, con casi todos los catedráticos y profesores que profesan en las mismas.

Recibió después el señor Ibáñez Martín al Servicio Español de Profesorado de Enseñanza Superior (S. E. P. E. S.), presidido por el catedrático señor San Martín. El doctor Pérez Agudo hizo, en nombre del Claustro, el caluroso ofrerimiento de sus actividades docentes al Ministro, como representante de la Nación. Mediada la tarde, el Ministro visitó el edificio donde se instalará la Facultad de Farmacia y consideró las posibilidades de establecer en terrenos próximos al mismo una futura Ciudad Universitaria barcelonesa.

El día 12, luego de haber visitado por la mañana la II Exposición Nacional de Escuelas de Artes y Oficios, se personó el Ministro en la Universidad hacia las dos de la tarde. Allí recibió al Inspector de Enseñanza Media del D. U., directores de Institutos, catedráticos y profesores de esas instituciones docentes. Recibió también a la Junta de Gobierno del Colegio Oficial de Doctores y Licenciados en Ciencias y Letras, Junta directiva del Servicio Español del Profesorado de Enseñanza Media (S. E. P. E. M.) y a los Mandos del S. E. U. Por último, se entretuvo minuciosamente con el Claustro de la Escuela de Arquitectura.

En la mañana del día 13 recibió el Ministro a la Junta Territorial de Mandos de Educación Nacional del D. U., al Servicio Español del Magisterio (S. E. M.) y, poco después de las 12 de la mañana, visitó unos locales, estudiando sus posibilidades de adaptación para Escuela Normal del Magisterio, masculina. Por la tarde presidió el acto de constitución de la Delegación barcelonesa del Patronato Nacional de Escuelas de Ingenieros Industriales. El mismo día, por la noche, salió el Ministro para Madrid.

* * *

El Dr. D. Eugenio Frutos, después de una prestigiosa actuación de 23 años en la Enseñanza Media como catedrático de Instituto, ha empezado el camino de la docencia universitaria al ganar por unanimidad la cátedra de Filosofía convocada a oposición para la Universidad de Zaragoza. La magistral figura del Dr. Frutos, cuya integridad profesional y vocacional ha puesto de evidencia en su larga actuación docente, dota a la Universidad cesaraugustana de una de las mentes más claras de nuestro pensamiento nacional.

Don Eugenio Frutos ha sido uno de los pocos profesores españoles que ha planteado con claridad el problema de nuestra Enseñanza Media. Desde la Jefatura del S.E.P.E.M. de Zaragoza y a través de su órgano, colega nuestro, "Educación y Cultura", el Dr. Frutos ha empleado sus 23 años de experiencia docente para tratar de modo definitivo, sin más ambición que su amor a la verdad, los problemas de los Institutos y de los Colegios españoles.

No sólo felicitamos al Dr. Frutos y le auguramos una sobresaliente actuación Universitaria, sino que esperamos de él que, en esta nueva fase de su magisterio, sabrá obrar con la misma autenticidad que en toda su vida y obras anteriores.

Para nosotros, que contamos con su admirada colaboración ya desde las páginas del viejo "Cuadrante", el éxito del Dr. Frutos es una gran alegría, tal vez más completa que para él mismo, que verá caer sobre sí una nueva responsabilidad más. Y Eugenio Frutos es hombre que sabe hacer honor a sus responsabilidades.

* * *

VIAJES. — Designado por la Dirección de Relaciones Culturales del Ministerio de Asuntos Exteriores y por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, investido, además, con la representación del Instituto Geológico y Minero de España, de la Real Academia de Ciencias y Artes de Barcelona y del Instituto Municipal de Ciencias Naturales, sale para Viena el profesor doctor **J. Marcet Riba**. Participará en los actos de Reconstrucción y Centenario del Instituto Geológico Austriaco, que se celebrarán en Viena durante este mes de junio. Deseamos al doctor **Marcet** grandes éxitos en su representación de la ciencia española.

* * *

Comisionado por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas ha salido para Suecia el Dr. D. **Alfredo San Miguel Arribas**, Catedrático de Petrografía de esta Universidad y Jefe de la Sección de Petrografía del Instituto "Lucas Mallada" de Investigaciones Geológicas.

Primeramente asistirá al Congreso Internacional de Cristalografía que se celebrará este mes en Estocolmo, y más tarde, invitado por el Profesor **Baeklund** de la Universidad de Upsala, visitará los principales centros de investigación geológica de Suecia.

* * *

Llamado por la Universidad de Glasgow, salió para Inglaterra don **José Ortega y Gasset**, que fué investido doctor "Honoris causa" por aquella Universidad. A continuación, visitará ciertas Universidades alemanas, en las que pronunciará, según se dice, algunas conferencias. No hay necesidad de desear a Ortega éxitos en Alemania. (Nuestro corresponsal contó a los lectores de LAYE cómo "Der Aufstand der Massen" — La rebelión de las Masas — y el "Uber die Liebe" — Estudios sobre el amor — eran dos de los tres únicos libros que exhibía en sus escaparates una conocida librería del Frankfurt en ruinas). Por lo que sí hacemos votos es porque el catedrático de Metafísica de la Universidad Central consiga dar de nuevo a su seguro éxito en aquel país el mismo noble sentido racial español que supo conferir a su gran triunfo de hace dos años en el desgarrado Berlín.

Como de costumbre, LAYE pasea ENTRE SOL Y SOL su mirada por el globo, bajo la presidencia emblemática de una frase del viejo Heráclito.

Y luego sonrío, más o menos alegremente, degustando la salada espuma del humor (pág. 41: LA SAL HACE LA ESPUMA).

En las últimas páginas de este número encontrarán nuestros lectores las habituales secciones de Crónica, Crítica y Bibliografía, más un breve Noticiero profesional.

Rafols Casamada

ilustra este número 14 de

LAYE



publicación de la
Delegación de Educación Nacional,
Mallorca, 278, Barcelona.
Director: Eugenio Fuentes Martín

0/108

S U M A R I O

Págs.

1

Augusto Vels: Un test eminentemente práctico	3
F. L.: Exámenes y calificaciones.	9
Laye: Colegios Mayores en Barcelona	12
Francisco Sanmartí: La Verdad	15
Jesús Núñez: Un hecho y algo sobre responsabilidades	17

2

José San Martín: Espirituales	23
UN SONETO DE CARLOS BARRAL	27
UN POEMA DE LORENZO GOMIS.	28
ENTRE SOL Y SOL (Ramón Carnicer y Manuel Entenza)	31
LA SAL HACE LA ESPUMA (Pocholo)	41

3

UN MES DE BARCELONA (M. S. L.)	45
CONFERENCIAS. ARTE. CINE.	45
Jesús Ruiz: España en dos libros	58
BIBLIOGRAFIA	62
NOTICIARIO	75